



Edward

D.J.57

CLAUDIA VELASCO

EDWARD
Claudia Velasco

Alquimia:

Doctrina y estudio experimental de los fenómenos químicos que se desarrolló desde la Antigüedad y a lo largo de la época medieval y que pretendía descubrir los elementos constitutivos del universo, la transmutación de los metales, el elixir de la vida eterna, etc.

La alquimia pretendía encontrar la piedra filosofal que convirtiese en oro todos los metales; de la rama más empírica de la alquimia nació la química.

“Cruzando el río —dijo al fin, sin mirarla—, al otro lado del Puente de Eton, tienes el prestigioso Colegio del Rey de Nuestra Señora de Eton, fundado en 1440 por el Rey Enrique VI. No es necesario caminar mucho para llegar desde aquí, tal vez diez o quince minutos a buen paso. Cuando yo era pequeño mi criado Peter me acompañaba cada domingo por la tarde de vuelta al colegio, por este mismo sendero, donde pasaría el resto de la semana estudiando junto a un montón de chiquillos revoltosos llegados desde todos los rincones de Inglaterra. Después, cada sábado por la mañana, regresaba por aquí de vuelta a mi hogar. Yo corría ansioso por llegar a los brazos de mi madre, lady Madeleine, que me esperaba en la puerta de casa para mimarme y malcriarme las pocas horas que pasaba a su lado. No estaba interno, como la mayoría de los niños que pasaban todo el curso sin poder ver a sus padres, no, yo era un privilegiado porque volvía cada fin de semana al castillo. Era un chico malcriado, uno más mimado que la mayoría de sus iguales, opinaba mi aya.

Por aquel entonces yo debía tener unos diez años, Eton, mi colegio, unos ciento setenta. Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia reinaba nuestras amadas islas... —giró sobre sus talones para mirarla a los ojos—. Soy un alquimista de cuatrocientos veinte años, pequeña, mi nombre es Edward James Charles Fitz-Lyon, hijo primogénito de lord Charles Fitz-Lyon, médico personal del rey Jacobo I y bisnieto de lord James Fitz-Lyon, amantísimo servidor médico de su majestad la reina Isabel I...”

Olivia despertó de un salto, como cada día, con esas palabras martillándole en la cabeza: “un alquimista de cuatrocientos veinte años...”. Se sentó en la cama y comprobó que estaba completamente desnuda en medio de un mar de sábanas de seda, muy suaves, y un frío intenso le recorrió la columna vertebral.

Se apoyó en la almohada, respiró hondo y se despejó la cara del pelo suelto y revuelto. Un alquimista de cuatrocientos veinte años, aquello era lo último que había oído de labios de Edward Fitz-Lyon antes de desmayarse a sus pies como una idiota. Ni siquiera había sido capaz de mantenerse consciente el tiempo suficiente para mirarlo a los ojos y hacer las mil preguntas que tenía en la cabeza.

No había reaccionado muy bien y el sentimiento de impotencia seguía carcomiéndole el alma, tanto, que sabía que jamás volvería a ser la persona que había sido, ni volvería a vivir como había vivido.

Su apuesto y misterioso amante había desaparecido hacía ya unos siete meses y aún seguía soñando con aquella mágica y extraña mañana en Windsor, a orillas del río Támesis, cuando él le había contado esa historia desquiciante sobre su origen. La única explicación que tenía a los últimos acontecimientos que habían puesto su vida patas arriba.

Abandonó la cama, se metió bajo la ducha caliente, apoyó una mano en los azulejos y cerró los ojos pensando una vez más en Edward, el gran amor de su vida. El mayor desamor de su vida. El hombre más increíble e insólito que había tenido la suerte, o la desgracia, de conocer.

Edward Fitz-Lyon había aparecido una lluviosa mañana londinense en su diminuto despacho, de un área diminuta del departamento medievalista del Museo Británico, para poner un gran problema sobre su mesa.

Sin ningún protocolo, ni cita previa, y con bastante poca ceremonia, él se había plantado en su oficina para reclamar un valioso material, en teoría propiedad de su familia, que Olivia y su equipo habían sacado de una pequeña ermita ubicada cerca de Dublín, en la localidad costera de Howth, hacía un tiempo. Fitz-Lyon, el tipo más atractivo, elegante y aristocrático que ella había visto en toda su vida, decía no haber consentido ese trabajo en sus tierras y estaba indignado. Ella, por su parte, le explicó con calma que el gobierno irlandés sí había dado los permisos pertinentes y que por esa razón, con un presupuesto aprobado por su museo, algún fondo privado y un programa de la

Comunidad Europea, habían iniciado los trabajos en Howth, habían acometido la prospección arqueológica con un equipo de seis personas, habían dado con aquel valioso material, lo habían calificado, estudiado y catalogado, y finalmente lo habían entregado al Ministerio de cultura de Irlanda para su custodia.

El material, unas pequeñas piezas datadas en el siglo XVII (utensilios domésticos en su mayoría) y una piedra lisa, circular y grabada con simbología celta, que parecía ser lo único que de verdad interesaba al tal Fitz-Lyon, seguían en Irlanda, pero él no estaba de acuerdo y aseguraba, bastante furioso, que todo aquello había sido sustraído de forma ilegal de su propiedad, principalmente porque jamás había otorgado los permisos necesarios para dicha prospección arqueológica y, por lo tanto, exigía que se le devolvieran inmediatamente.

—Señor Fitz-Lyon —se levantó de la silla y lo miró hacia arriba, porque era muy alto y además parecía caminar un palmo por encima del resto de los mortales—. No sé qué problemas de gestión ha habido en este tema, ni qué confusión burocrática, pero nosotros teníamos los permisos de su gobierno...

—No son mi gobierno.

—Bueno, es igual. Teníamos todas las autorizaciones y los impresos sellados, si no, jamás se me hubiese ocurrido iniciar una prospección semejante.

—¿Y por qué esa humilde y desconocida ermita?. Es un edificio anónimo, propiedad privada y que jamás...

—Llevamos años colaborando con el gobierno irlandés para estudiar y clasificar su patrimonio histórico, por muy humilde o anónimo que sea —levantó una mano para hacerlo callar y él frunció el ceño completamente perplejo—. De hecho, se trata precisamente de eso, de encontrar tesoros ocultos, a veces en propiedades privadas, que no están debidamente conservados.

—La ermita, y todo lo que contiene, están perfectamente conservados.

—Ya, per...

—Mi fundación, Madeleine Fitz-Lyon, se dedica precisamente a eso, a la conservación, restauración y mantenimiento de tesoros arqueológicos.

—Lo sabemos, pero había que comprobarlo.

—El caso aquí, señorita Villadiego, es que quiero que se me devuelva el material incautado o demandaré a su museo, a su departamento, y a quién haga falta, por apropiación indebida y por la sustracción ilegal de unos objetos de incalculable valor histórico.

—Todo está en manos del Ministerio de cultura de Irlanda, como tiene que ser.

—La piedra circular con las inscripciones celtas no.

—¿Cómo que no?, lo entregamos todo, está catalogado —regresó al ordenador y buscó la documentación del proyecto. Fitz-Lyon se le puso al lado, inundando su espacio con un arrebatador y sutil aroma a perfume de hombre y ella carraspeó—. ¿Lo ve? Lo entregamos todo hace meses.

—La piedra no está y necesito encontrarla. Necesito que me ayude a dar con ella.

—¿Yo?, ya le digo, señor Fitz-Lyon, yo la entregué y...

—Usted la encontró y la sacó de mi propiedad sin mi consentimiento, ahora está perdida Dios sabe dónde y ese extravío es parte de su responsabilidad.

—Lo sé, pero... deme un minuto —salió del despacho y llamó a Fiona McGiles, del Ministerio de cultura de Irlanda, pensando en la preciosa piedra lisa y circular que había tenido en sus manos muy poco tiempo, pero que, sin embargo, había llamado poderosamente su atención por los exquisitos y perfectos grabados que contenía—. Fiona, soy Olivia Villadiego, del Museo Británico, ¿qué tal? Te llamo por la piedra circular de la excavación de Howth, tengo al dueño de la propiedad aquí y...

—Ah, ya lo sé, Edward Fitz-Lyon, no sabes la que ha montado aquí.

—Nosotros os la entregamos, está en la documentación que acompaña al proyecto...

—Lo sé, hija, pero no aparece en el archivo.

—¡¿Cómo que no aparece en el archivo?! —le dio un vuelco el corazón y miró hacia la oficina donde en ese momento Fitz-Lyon estaba mirando por la ventana—. Eso no puede ser, es una pieza muy valiosa, celta. Era la pieza más valiosa de toda la prospección.

—Tengo a dos becarios buscando por todas partes, pero no aparece.

—Entonces ¿la robaron?, porque si es así se nos va a caer el pelo a todos.

—¿Ya te ha amenazado con sus demandas?

—Me dan igual las demandas de Fitz-Lyon, lo que me preocupa es el paradero de la piedra. Si la han robado y la están vendiendo en el mercado negro por no custodiarla como es debido, yo...

—Calma, Olivia, es una simple piedra celta. ¿Sabes cuántas tenemos en el Museo Nacional de Arqueología?

—No me puedo creer que me estés diciendo eso.

—Es la verdad. Si aparece o me entero de algo, te aviso. Adiós.

—Adiós —colgó, respiró hondo varias veces y regresó a su despacho donde aquel hombre, que no se había sacado un largo y elegante abrigo negro de cuero, la esperaba con las manos a la espalda—. Señor Fitz-Lyon, tiene razón, nadie sabe decirme dónde está la piedra celta de mi excavación. Es un error imperdonable, pero no se preocupe, moveré cielo y tierra hasta encontrarla y le avisaremos cuándo...

—La buscaré con usted —interrumpió, metiéndose las manos en los bolsillos—. Es un objeto de mi propiedad, de enorme valor para mi familia y pondré todos los medios a mi alcance para que pueda dar con ella.

—En teoría pertenece a Irlanda, si la encuentro, deberé entregarla nuevamente al...

—¿Para que vuelvan a extraviarla? —sonrió por primera vez e iluminó todo el edificio. Olivia dio un paso atrás y se arregló el pelo detrás de la oreja—. Esa piedra es mía, pertenece a la familia Fitz-Lyon desde hace siglos, la recuperaré y ningún burócrata negligente volverá a poner un solo dedo sobre ella. Buenas tardes.

Pocos días después, tras discutirlo con su jefe, con varios directores, con sus colegas, y con la almohada, se había sumergido en la ardua y complicada tarea de encontrar el famoso tesoro familiar de los Fitz-Lyon, del que nadie sabía nada, y del que ella se sentía completamente responsable.

Por supuesto, la pesquisa no entraba en sus competencias, ni la tenía planificada,

pero aparcó todo el trabajo pendiente y se puso manos a la obra junto a Edward Fitz-Lyon para dar con la piedra. Recuperó todo el material fotográfico del proyecto y lo envió a pasantes y expertos en arte, a la policía, a la Interpol y a sus colegas repartidos por el mundo por si alguien había oído hablar de ella, pero los primeros pasos no fueron muy productivos y cada vez que se encontraba con Fitz-Lyon, el tipo más reservado, silencioso y distante con el que ella se había topado en la vida, la suma de sus avances era recibida con el ceño fruncido y una mirada de reprobación.

—Que hable con la policía o la Interpol no sirve para nada, señorita Villadiego, eso ya lo puedo hacer yo. Lo que necesito es que use sus contactos académicos para encontrar mi piedra.

—Ya lo he hecho y...

—No es suficiente, siga trabajando.

A esas frases se limitaba su relación y pronto empezó a temer que ese individuo quería algo más, o buscaba algo mucho más valioso que un simple tesoro arqueológico, porque las presiones eran inmensas.

Y mientras perdía el tiempo fuera del museo localizando su tesoro con todos los medios a su alcance, su vida personal empezó a cambiar irremediabilmente, tanto, que solo unos meses después de que él apareciera por primera vez en su despacho ella ya no era la misma persona. Todo el mundo se lo decía, y no podía rebartirlo.

Ya no era la misma persona, no era la misma mujer, había perdido completamente el control de su vida y Edward Fitz-Lyon había invadido toda su existencia colmando sus pensamientos, sus emociones, sus decisiones y su proceder con su presencia. Jamás supo cómo, o de qué manera, pero él, en cuestión de semanas lo había llenado todo, y siete meses después de su desaparición, seguía llenándolo, impidiéndole respirar y existir con cierta normalidad.

Abandonó la ducha, se puso un albornoz, se tapó la cara con una toalla y se echó a llorar.

Se despezó, miró a su alrededor y recordó que estaba en Milán, concretamente en el Lago Como, en casa de su amiga Cósima, y una sensación de bienestar impagable la reconfortó al instante. Se sentó, miró por la ventana el cielo azul y se levantó decidiendo disfrutar al máximo de sus vacaciones.

Primero de octubre, acababa de celebrar su veintisiete cumpleaños, tenía unos días libres y había decidido viajar a Italia para descansar, estar con Cósima y, principalmente, intentar olvidar a Edward, que seguía sin aparecer y que, visto lo visto, no pensaba hacerlo.

Se acercó al enorme espejo del baño y se puso delante para observar su aspecto con atención. Estaba más delgada, más cansada, se tocó la cara con los dedos y sin querer recordó la mano enorme y elegante de Edward acariciándole el cuello, los brazos, los pechos... y se estremeció de arriba abajo.

Cuando lo conoció no tenía demasiada experiencia con los hombres, más bien todo lo contrario. Su vida amorosa y sexual hasta entonces había sido bastante pobre, se había limitado a algún que otro escaqueo en la universidad con personas que no le habían aportado absolutamente nada, sin embargo, estar con Edward Fitz-Lyon le había regalado un aprendizaje súbito, apasionante y novedoso, una explosión de sensualidad sin límites que le había despertado cada centímetro de su cuerpo, de su piel. Él le había descubierto el deseo puro e incontrolado. Lo había amado con locura y sin límites, todos y cada uno de los días que había pasado a su lado y jamás, en lo que le restara de vida, podría olvidar la sensación de sentir su piel pegada a la suya, su aroma único y varonil impregnándola entera, el sabor de sus besos, de su saliva. El sonido de su risa o el brillo de sus ojos color turquesa, los más hermosos y luminosos que la habían mirado nunca...

—¡Livi...! —la voz de Cósima la sacó de golpe de su arrebató de nostalgia, se

cerró el albornoz y salió a la habitación para saludarla—. Nos vamos a Venecia a las cuatro y media, el cocktail empieza sobre las siete. ¿Estás bien?

—Perfectamente, gracias —le dio la espalda y se fue al armario para buscar ropa—. Hoy me toca hacer la comida, se lo prometí a tu madre.

—Sí, Luciana tiene todos los ingredientes de la paella, te espero abajo.

—Genial. No tardo nada. —la observó caminar hacia la puerta y luego volver sobre sus pasos buscando sus ojos.

—¿No seguirás llorando por don misterioso?

—No, solo estoy un poco cansada —se pasó la mano por la cara y sonrió.

—No mientas.

—No miento.

—Olivia.

—Bueno...

—Él se lo pierde Livi, si se ha largado sin explicaciones es que es muy gilipollas

—Cósima se acercó y la abrazó con fuerza. Olivia cerró los ojos y se echó a llorar.

—Es que lo echo tanto de menos y encima sin una discusión, un motivo objetivo o algo que me ayude a entender un poco toda esta mierda.

—Lo sé, pero tienes que superarlo, ya ha pasado mucho tiempo y no se merece que tú...

—Tampoco tanto tiempo.

—Ocho meses es ya es más que suficiente, amore mio.

—Ok, tranquila... —se apartó y se enjugó las lágrimas con la manga del albornoz. Sabía que nadie de su entorno, nadie, podía comprender la añoranza brutal que sentía por un hombre que no conocían y que había tenido el mal gusto de dejarla sola y abandonada en un hospital de Windsor, sin explicaciones y sin una pizca de preocupación, para posteriormente desaparecer de su vida como por arte de magia—. Ya pasó, ahora bajo.

—Más te vale, pequeña. Pronto te buscaremos un novio y don misterioso pasará a la historia. Un clavo saca a otro, ya lo verás.

La observó salir de la habitación y le regaló una sonrisa tranquilizadora antes de que cerrara la puerta. Cósima Della Gherardescaera era su mejor amiga desde hacía años, desde que habían llegado juntas a Oxford para estudiar historia y arqueología en la facultad de arqueología más famosa del mundo. Una de Italia, la otra de España, desde el minuto uno se habían hecho inseparables, era su mejor amiga, sin embargo, ni siquiera a ella le podía explicar con detalle la verdadera e insólita historia de Edward Fitz-Lyon.

Si la “versión simple” de que la había dejado sola en un hospital de Oxford tras sufrir un desmayo le había parecido horrorosa, lo que en realidad había pasado entre los dos no podría asimilarlo jamás.

Volvió sobre sus pasos, miró la hora y comprobó que eran las diez de la mañana. Tenía tiempo de desayunar y hacer la paella, luego se arreglaría para acompañar a Cósima a un evento en Venecia y trataría de disfrutar de la noche. No le apetecía nada salir y relacionarse con el mundo, pero no podía negarse después de todo lo que estaba haciendo por ella.

Agarró sus cosas y salió a desayunar a la terraza con vistas al maravilloso Lago Como sin soltar los documentos que había conseguido a través de un colega de la Universidad de Edimburgo y que versaban sobre investigaciones, serias y contrastadas, alrededor de la alquimia. Edward no había llegado a explicarle nada después de su confesión en Windsor, porque se había desmayado y acto seguido había despertado en el hospital sola y bastante confusa, pero sus palabras no se le habían borrado de la cabeza: “Soy un alquimista de cuatrocientos veinte años”. Eso estaba claro y no podía pasarlo por alto. Nadie podría.

Así pues, llevaba meses estudiando y profundizando sobre la alquimia, y no es que creyera a ciegas su relato, nada de eso, simplemente necesitaba saber, aprender, comprender y, aunque al principio la historia de Edward Fitz-Lyon parecía una fantasía infantil creada para asustarla y quitársela de en medio, pasadas las semanas empezaba a albergar serias dudas al respecto.

Existían estudios muy serios sobre el tema. Imponentes tratados sobre la

transmutación de los metales, sobre elixires, sobre los secretos de aquella ciencia primigenia que en sus orígenes buscaba la sanación de las enfermedades a través de la armonía entre el cuerpo y la mente y que, pasados los siglos, por culpa sobre todo de la persecución de la iglesia católica, había acabado relegada a una especie de práctica llevada a cabo por paganos ignorantes o estafadores.

—Aunque la alquimia gozó de gran popularidad durante la Europa medieval —le explicó su mentor en Oxford, el doctor Whitewood, cuando acudió a él buscando ayuda—, sus orígenes son difíciles de determinar, muchos autores suelen retroceder hasta Egipto porque el libro sagrado de los primeros alquimistas podría haber sido redactado por el propio dios Toth (eso creen algunos entusiastas) y otros nos llevan directamente a los territorios de los druidas europeos. La verdad es que jamás se han podido recopilar documentos demasiado fiables al respecto, esencialmente porque muchos de los estudios e investigaciones desarrollados por la alquimia fueron transmitidos de forma oral, o de forma escrita, pero a través de lenguajes simbólicos herméticamente protegidos.

—¿Cómo símbolos celtas?

—Exactamente.

—Como los símbolos tallados en la piedra que sacamos de Howth.

—Déjame ver —agarró las fotografías de la piedra circular de Edward, sacó su lupa y leyó con atención—. Sin lugar a dudas son símbolos celtas y contienen información importante, pero no consigo traducirlos, sin embargo...

—¿Qué?

—Si crees que tienen que ver con la alquimia seguramente hablan de un tema recurrente.

—¿Qué tema recurrente?

—Todos los tratados que se han conseguido descifrar están basados en lo mismo, en la creencia de que los cuatro elementos básicos: fuego, aire, tierra y agua, y los tres esenciales: sal, azufre y mercurio, representan en sí mismos y relacionados entre ellos, el secreto de la salud y la vida eterna.

La vida eterna. Cada vez que pensaba en las palabras del serio y respetado profesor Whitewood, se le ponía la piel de gallina.

Apartó la vista de los documentos y miró hacia el lago donde a esas horas de la mañana los barcos de turistas, y varias embarcaciones particulares, surcaban sus aguas lenta y plácidamente. El entorno era perfecto, no había nada fuera de lugar en Como, todo parecía estar en impecable y preciosa armonía. Todo parecía ser seguro y confortable, no obstante, sintió un escalofrío de inquietud por todo el cuerpo y se enderezó en la silla observando con atención a su alrededor.

La casa de los Della Gherardescaera bullía de actividad, porque tenían invitados y porque allí nunca había mucha tranquilidad, así que desvió los ojos y observó el jardín de los vecinos que parecía desierto, luego enfocó otra vez la vista hacia el lago y una lancha rápida, de esas lujosas que volaban por el agua, frenó en seco delante de su terraza. Su piloto, un hombre vestido de negro, con gorra y gafas de sol, la detuvo con un medio giro sin quitarle a ella los ojos de encima, y luego aceleró con una maniobra muy peligrosa que la puso de pie de un salto.

Shaughnessy, susurró con certeza, el tercero en discordia. El corazón se le subió a la garganta, agarró sus cosas y entró en la casa de dos zancadas.

Mark Shaughnessy, un hombre tan atractivo y enigmático como el propio Edward Fitz-Lyon, había entrado en su vida hacía casi dos años, cuando había hecho su aparición estelar en el museo ofreciendo financiar, de forma totalmente privada, parte de su ya famosa excavación en Howth. Una práctica muy habitual que sus jefes aceptaron de buena gana y que convirtió de pronto al misterioso señor Shaughnessy en parte bastante participativa del proyecto.

Ella lo había visto varias veces durante las excavaciones, incluso él había tenido el detalle de invitar un fin de semana a todo el equipo a su maravilloso castillo de las Tierras Altas de Escocia para celebrar sus hallazgos. Se había mostrado siempre colaborador y generoso, parecía un hombre culto e inquieto, muy familiarizado con el trabajo arqueológico, a pesar de vestir como un modelo de alta costura en medio del polvo y las piedras, y le caía bien. Era muy agradable, sin embargo, jamás había mantenido una charla personal con él y

nunca le había dado la menor importancia hasta que vio la cara de Edward Fitz-Lyon al oír su nombre en medio de una charla sin importancia.

—¿Cómo dices?

—Mark Shaughnessy, un aristócrata escocés, fue uno de los promotores de la prospección de Howth.

—¿Cómo que fue uno de los promotores de la prospección de Howth?

—Es bastante habitual que fondos privados...

—Lo que quiero decir es que no aparece en ninguno de los documentos del proyecto.

—Fue una colaboración anónima, también es bastante habitual.

—¡Jesús bendito!

—¿Qué pasa?

—Ese bastardo robó mi piedra. Llegó hasta ella por un cauce legal y se hizo con ella delante de vuestras narices, de las mías y de las del gobierno irlandés.

¡Maldita sea!

—¿Lo conoces? Porque no creo que...

—Claro que lo conozco, lamentablemente lo conozco demasiado bien. Esto cambia bastante las cosas. Debo irme.

—Edward... —lo llamó al ver que salía hacia la calle indignado y él se detuvo, se giró, la atravesó con esos ojos tan intensos y respiró hondo— ¿Qué está pasando?

—Ya sé dónde está mi piedra.

—¿Con Shaughnessy?, no lo creo, dudo mucho que a ese hombre el interese todo este tema más allá de...

—No lo conoces en absoluto. Me voy a Escocia.

Lo que pasaría después en Escocia, dónde se empeñó en ir para comprobar personalmente que su promotor los había utilizado para robar un objeto tan valioso, y para sujetar en parte a Fitz-Lyon, que parecía decidido a retarlo a duelo o algo peor, empezó a modificar su percepción del asunto en el que estaba inmersa, y propició que su relación sentimental con Edward despegara ya sin poder contenerla.

Lord Shaughnessy, cómo se hacía llamar de manera bastante pomposa, los recibió en su espectacular castillo de Aberdeen sin mostrar sorpresa, ni hacer preguntas. Con una sonrisa de oreja a oreja miró a Edward Fitz-Lyon y lo hizo pasar con una venia burlona a su biblioteca dónde se enzarzaron en una pelea a gritos, en un inglés bastante primitivo y extraño, que ella tuvo que oír desde un pasillo porque las mujeres no eran bienvenidas en aquel recinto sagrado del saber, le dijo sin cortarse un pelo y mirándola desde su altura con un desprecio evidente.

—No debiste meter a tu mujercita en nuestra disputa, Edward ¿qué clase de caballero eres?

—Ella no tiene nada que ver con nuestra disputa.

—Yo creo que a partir de ahora sí, así que atente a las consecuencias.

—Sigues siendo un bellaco sin honor, Mark, y ahora, encima, ¿te has convertido en ladrón?

Lo siguiente había sido un portazo en las narices y oír a medias los gritos que salían del interior de la biblioteca. Por supuesto, no le dieron opción a replicar y defenderse, la olvidaron como zapato viejo en el pasillo y cuando las cosas empezaron a subir de tono de verdad, y oyó un par de golpes fuertes contra la pared y algo que parecía romperse contra el suelo, Shaughnessy abrió la puerta agitado, la agarró por un brazo y la llevó en volandas al extremo contrario del castillo donde la metió de un empujón en una habitación sin ventanas.

—¡Suélteme! ¿quién coño se cree que es? Voy a llamar inmediatamente a la policía, ¿qué le ha hecho al señor Fitz-Lyon?

—Tú no vas a llamar a nadie —le quitó el teléfono móvil de un tirón y lo estrelló contra el suelo—. Da gracias al cielo de que no tengo tiempo para ocuparme de ti ahora, pero lo haré, ten un poco de paciencia.

—¡¿Qué?! —se le cruzó delante y le impidió salir del cuarto. Shaughnessy soltó una sonrisa de las suyas y entornó los ojos— ¿Retención ilegal?, ¿maltrato?, ¿acoso y amenazas? Te voy a meter un puro que te...

—¿Ahora ya me tuteas, mujercita insolente?

—¿Tú en qué siglo te crees que vives?

—¡Calla! —gritó con un vozarrón de ultratumba y Olivia cerró la boca de forma instantánea—. Siempre supe que acabarías dando problemas, Villadiego, siempre lo supe. Demasiado listilla para ser soportable. Debí quitarte de en medio hace tiempo.

—¿Cómo...?

Lo observó cada vez más desconcertada y vio aparecer a Edward Fitz-Lyon, con la cara manchada de sangre y un golpe muy feo en la frente, por la espalda de ese individuo y con muy malas intenciones. Contuvo la respiración viendo cómo lo agarraba por el cuello y lo estampaba contra la pared con una fuerza descomunal, cómo Shaughnessy perdía pie y cómo caía al suelo inconsciente.

—¡Vamos! —la agarró de la mano y la sacó al pasillo a la carrera, encontraron la puerta principal y no pararon de correr hasta que llegaron a una carretera comarcal dónde él se apiadó y dejó que recuperara el resuello apoyada contra un muro de piedra— ¿Estás bien?

—No, ¿cómo voy a estar bien? ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Respira hondo, hay que seguir hasta el pueblo más cercano y alquilaremos otro coche.

—¿Alquilaremos otro coche? ¿eso es todo lo que se te ocurre decir?

—Olivia... —respiró hondo, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su preciosa piedra circular para ponérsela delante de los ojos—. La he recuperado y es lo único que importa.

—¿Se la has robado? ¿cómo?

—Es mía, él me la había robado.

—Ok, ok —caminó por el sendero estrecho hasta el pueblo, pensando en mil cosas, hasta que no pudo contenerse más, se giró y lo señaló con el dedo—

¿Cómo es posible que dos tipos adultos y con bastantes posibles como vosotros dos?, porque es evidente que sois un par de richachones con pasta suficiente para pagar excavaciones y tener castillos y propiedades en todas partes, ¿podéis robaros y pegaros como críos?

—Oliv...

—¿Cómo puede ese loco peligroso financiar una prospección arqueológica solo para robarte una piedra?, ¿cómo puede marearte así y cómo puedes venir tú aquí, darle una paliza y salir huyendo con un objeto que legalmente te pertenece?

—Es complicado.

—Es una locura.

—Lo sé, pero no puedo darte detalles, piensa que es solo una disputa ancestral que llevamos años manteniendo y que acabo de zanjar para siempre, porque voy a guardar la piedra en un sitio muchísimo más seguro.

—¿Cuándo fuiste a reclamarla al museo no se te ocurrió pensar en él?. Si es una disputa ancestral ¿por qué no se te ocurrió pensar que la opción más lógica era que Shaughnessy la había robado?

—Llevaba siglos sin saber nada de Mark Shaughnessy. No pensé que a estas alturas aparecería con métodos absurdos para apropiarse de la piedra. Realmente creí que la nefasta burocracia que rodea a tu trabajo la había extraviado.

—Ah, muchas gracias —bufó y él le sonrió—. Y ¿ahora qué?, ¿llamará a la policía y nos denunciará por allanamiento de morada, agresión y robo?

—No hará nada de eso.

—Estás muy seguro.

—Lo conozco, jamás meterá a las autoridades en esto. Tenemos un pacto de honor.

—No puede ser verdad... —lo observó de arriba abajo, se giró y siguió su camino en silencio hacia el pueblo. Edward se acercó y se puso a su altura mirándola de reojo.

—Eres muy valiente, y muy respondona, aunque eso ya lo sabía.

—Eso suena muy condescendiente, señor Fitz-Lyon. Tú y tu amiguito escocés parece que salís del siglo XVI.

—Jamás quise involucrarte en algo así, si hubiese sospechado que Shaughnessy estaba implicado otra vez —la detuvo y la miró a los ojos—, jamás hubiese consentido que me ayudaras a encontrar la piedra. Y no debí permitir que

vinieras a Escocia, lo siento.

—Es lo más arriesgado y emocionante que he hecho en toda mi vida. No te preocupes.

—Me preocupo, ahora no podré perderte de vista y te protegeré el tiempo que sea necesario.

—¿Protegerme? ¿de qué? ¿de Shaughnessy?

—De todo. Te protegeré de todo el resto de tu vida.

En Stirling, cerca de Edimburgo, la besó por primera vez y ella confirmó lo que ya sabía: estaba loca por ese hombre increíble del que no sabía apenas nada, salvo que tenía una piedra muy valiosa por la que era capaz de entrar en castillos y usar la violencia física para recuperarla.

—Ese puente no fue dónde William Wallace derrotó a las tropas inglesas en 1297

—susurró, apoyándose en el capó del coche para admirar desde lejos aquel precioso puente medieval de las afueras de Stirling—. No entiendo por qué siguen haciendo creer a los turistas que lo es.

—No del todo, en muchas guías se explica que el puente de la famosa Batalla de Stirling ya no existe —lo observó de reojo tomando un sorbo de su lata de refresco y se quedó ensimismada espiando esa pinta espectacular que Dios le había dado. Edward Fitz-Lyon no tenía ningún defecto, incluso era alto, sin pasarse, y con una elegancia innata. El pelo claro y sedoso brillante, los ojos celestes enormes, el mentón cuadrado, el cuello varonil, esos hombros anchos tan...

—¿Pasa algo? —interrumpió sus divagaciones y le sonrió cómo solo él era capaz de hacerlo—. Tú también me pareces muy guapa.

—¿Qué?, yo... —se sonrojó hasta las orejas y él soltó una carcajada suave y cadenciosa.

—Nos admiramos mutuamente, no pasa nada. Es natural y bastante humano.

—¿Nos vamos?, creo que ya me han confirmado la reserva de hotel en Edimburgo —cambió de tema fingiendo mirar su nuevo teléfono móvil y él se le acercó—. Estoy muy cansada, necesito dormir en una buena cama.

—No hay nada de malo en ser preciosa y dejar que los demás te admiren, Olivia. No entiendo por qué te escondes tanto, ocultas tu elocuente feminidad y por qué no sabes encajar una galantería.

—Yo no hago nada de eso. ¿Nos vamos?

—Claro que sí, y es una actitud novedosa y muy atractiva en una chica de tu época. Ven, mírame —le sujetó la barbilla con delicadeza y la obligó a mirarlo a los ojos. Ella sintió las rodillas de lana y mariposas en el estómago, pero se mantuvo firme—. Hace tiempo que me muero por besarte. ¿Quieres besarme?

—Nadie pregunta esas co... —antes de poder acabar la frase lo vio acercarse y sintió cómo le plantaba un casto beso en los labios. Sin querer cerró los ojos y sentir su aliento cálido y delicioso pegado a la boca la estremeció de arriba abajo. Separó los labios y Edward Fitz-Lyon al fin la besó, deslizó la lengua con calma y la besó despacito, hasta que la pasión de apoderó de ambos, sobre todo de ella, y acabaron besándose cómo dos adolescentes desesperados en esa explanada frente al puente de Stirling.

La aventura en Escocia los consiguió unir de forma inevitable, y completamente insólita, tratándose de dos personas tan diferentes y de mundos tan opuestos, pero, como un día le explicó el propio Edward, no se puede ignorar la química entre dos seres humanos, la atracción sin freno que de pronto es capaz de embriagar todos tus sentidos. Al final la pasión siempre estalla, y hay que dejar que estalle. No se puede poner puertas al campo.

Intentó espantar sus recuerdos, sonrió a la familia de Cósima y subió al tejado de la casa para asomarse desde allí hacia el lago, intentando comprobar que no estaba del todo loca y efectivamente era Mark Shaughnessy el que andaba rondándola en Italia.

Ese tipo era capaz de cualquier cosa, decía siempre Edward, y aunque no le había explicado el porqué de tanta inquina mutua, y tanta obsesión por la dichosa piedra circular, había aprendido a mirar a su espalda y a tener cierta precaución con él, no en vano habían entrado en su casa, le habían quitado la dichosa piedra y habían huido después de que Edward lo dejara inconsciente en el suelo.

—No te fíes nunca de ese tipo.

—Ok.

—Hablo en serio. Mírame, Olivia y júramelo.

—¿Crees que vendrá a por nosotros?

—Por mí siempre, por ti no lo sé, pero, por si acaso, mira siempre a tu espalda. Júramelo.

—Te lo juro.

Y eso hacía, aunque a esas alturas el dolor de haberlo perdido de repente y sin explicaciones la partía por la mitad, y solo podía pensar en eso, seguía siendo capaz de estar alerta. Seguía mirando a su espalda y seguía atenta a las personas que la observaban o se le acercaban demasiado. No estaba muy claro el por qué, pero desde que Edward Fitz-Lyon había entrado en su vida ella solía vivir atenta a todo lo que pasaba a su alrededor.

Se arrebujó en el chal que se había puesto sobre la camiseta y se apoyó en la pequeña terraza del tejado para otear el horizonte con calma. Había muchas embarcaciones, de todo tipo, y fue incapaz de localizar aquella que había frenado bruscamente frente a la casa. Respiró hondo y volvió a pensar en Edward.

La primera noche que pasaron juntos fue en Londres, en su espectacular piso frente a Saint James Park. Un edificio entero, de estilo georgiano, que era su residencia en la capital, le explicó, porque su verdadero hogar estaba en Windsor, dónde se había criado y dónde había vivido los peores y los mejores momentos de su vida.

El piso de paredes blancas era diáfano, decorado con muy pocos muebles y encima de un parqué antiquísimo, unas alfombras de piel blanca le daban un aire muy acogedor. Era precioso, muy de su estilo, y cuando se acercó a la ventana para mirar los jardines iluminados de Saint James Park y una emoción extraña le subió por el torrente sanguíneo, no pudo resistirse más, tomó aire, se giró hacia él, dio unos pasos, se puso de puntillas, lo sujetó por el cuello y lo besó.

Él respondió al beso como siempre, con mucha pasión, pero esta vez ella no le permitió que se apartara o interrumpiera el momento, continuó besándolo sin

parar, acariciándole la espalda y aferrándose a su cuerpo con bastante ímpetu. No quería detener el momento, quería mucho más, y al borde del abismo lo miró a los ojos y le sonrió.

—¿Tienes mujer?, ¿novia?

—No.

—¿Tienes algún problema conmigo?

—No.

—¿Te gusto?

—Muchísimo.

—¿Me deseas?

—Más de lo que te puedes imaginar.

—Entonces, dime dónde está tu cama y acabemos con esto de una vez.

—¡Jesús bendito! —se echó a reír a carcajadas y ella se apartó muy seria—. No conoces la vergüenza.

—Estoy muerta de vergüenza, pero no puedo seguir así, besándote y frenando lo que siento porque siempre acabas apartándote de mí. Así que no me dejas más alternativa, sin embargo, si no estás cómodo con esto me marcho y en paz.

—... —guardó silencio y ella dio un paso atrás sintiendo cómo se abría un agujero enorme entre los dos. Se sonrojó hasta las orejas, retrocedió hasta la puerta, estiró la mano para coger su mochila y salir corriendo de allí, pero él la detuvo en el último momento—. Olivia, espera.

—No tienes que decir nada y gracias por el viaje a Escocia. Adiós.

—Mírame, por favor, mírame —ella se volvió y lo miró a los ojos—. Estoy loco por ti, de una forma irracional y estúpida creo que me podría enamorar de ti, pero no puede ser.

—No es necesario hablar de amor —susurró, muy emocionada por la confesión, y se cruzó de brazos—. Tengo veintiséis años, soy una persona adulta, no necesito que me digas...

—Digo lo que quiero, no tengo por qué adornar lo que siento.

—Está bien, yo... yo también creo que me podría enamorar de ti.

—Lo sé.

—Vaya...

—Y por esa razón esto no puede pasar.

—¿Qué no puede pasar?, ¿no puedes acostarte conmigo?

—Jamás me acostumbraré a que las mujeres me hablen de forma tan directa.

—¿Qué...? —parpadeó confusa y él sonrió apoyándose en la pared.

—Una aventura sexual puedo sobrellevarla, una historia romántica no.

—No te estoy pidiendo matrimonio.

—Antes de llegar a tu museo ya sabía quién eras y cómo era tu vida: Una joven española nacida en Madrid. Una estudiante brillante, licenciada con honores en Oxford, hija de una familia desestructurada, con una madre y un padre negligentes que jamás te arroparon como era debido. Una preciosidad de ojos oscuros bastante ajena al mundo real, muy profesional y responsable, concienzuda y trabajadora. Una chica con fama de inalcanzable, una mujer sin ninguna experiencia sentimental. Esta sería tu primera relación seria y yo no estoy preparado para sostenerla.

—No puede ser verdad —con la dignidad bastante herida agarró la mochila y le dio la espalda—. Adiós, Edward y cuida bien de tu dichosa piedra.

—¿Te ofende la verdad?

—Me ofende que te comportes como un puñetero capullo arrogante conmigo, eso me ofende.

—Me gustas muchísimo y me muero por desnudarte y hacerte mía aquí mismo. No necesito llevarte a mi cama para amarte, Olivia, pero sé lo que pasará después. No te convengo y es mejor que sigamos como hasta ahora, hazme caso.

—Lo dicho, un capullo arrogante. Adiós.

—Dame un beso, no te marches enfadada.

—¡¿Qué?!, tú estás pirado, tío, en serio. Tú, tu piedra, tu dichoso enemigo escocés. Todo este circo es muy raro y ya empiezo a preocuparme así que ¿sabes qué? tienes razón, ni siquiera te conozco lo suficiente, seguro que no me convienes en absoluto. Hasta más ver —le soltó en castellano y él se echó a reír.

—¿Hasta más ver?, hace mucho que no oía esa expresión —habló en un español perfecto y ella lo miró frunciendo el ceño—. Sí, hablo castellano y me encantaría que lo practicaras conmigo.

—Estás chiflado, adiós.

—¿No podemos ser amigos? —la detuvo en el *hall* de entrada y ella lo esquivó con muy malos modos—. No quisiera perderte, me divierte mucho compartir mi tiempo contigo, hacía siglos que...

—Si quieres un colega para salir de viaje, asaltar castillos o perseguir piedras celtas búscate a otra. Déjame salir.

—¿Si no somos amantes no podemos ser nada más?

—Déjame salir.

—Olivia...

—¿Me quieres volver loca?

—Quiero que seas consciente de que una relación conmigo es un error.

—Muy bonito.

—Es la verdad.

—Pues ya me has convencido, adiós.

—Está bien, tú lo has querido. Creo que va a valer la pena.

La agarró por el cuello con propiedad y la apoyó contra la pared besándola con la boca abierta. Ella cerró los ojos y soltó la mochila para abrazarlo con todo el cuerpo. El enfado que tenía encima se canalizó muy rápido hacia la atracción ciega que sentía por ese hombre y antes de poder reaccionar estaba encima de él, en el suelo, sobre una de esas alfombras blancas tan mullidas, abriéndole los pantalones para acariciarlo sin ningún pudor.

Edward Fitz-Lyon observó con atención cómo se inclinaba para acariciarle el miembro con la lengua y le apartó el pelo de la cara para mirarla a los ojos y obligarla a seguir su ritmo. Era muy dominante y en un santiamén la tenía debajo de él, desnuda y vulnerable, lamiéndole los pechos y el abdomen con devoción mientras con la mano libre entraba dentro de ella haciéndola levantar las caderas de puro y salvaje placer.

La hizo gemir y retorcerse, suspirar y gritar su nombre varias veces. La puso a su entera disposición cuando quiso y cómo quiso y cuando ya la llevaba de cabeza al tercer orgasmo la penetró soltando un gruñido profundo contra su pelo. Ella flexionó las rodillas y se abrazó a él sintiendo su miembro enorme y concreto dentro de su cuerpo, su balanceo enérgico y experto, sin dejar de estremecerse, y cuando al fin la besó disuelto en un orgasmo descomunal, se aferró a él sintiendo cómo perdía el sentido y el control de su cuerpo de forma insólita y completamente novedosa.

Después de esa noche ya no se separaron más. Al principio pasaban los días en su casa de Saint-James o encerrados en su apartamento de Camden, compartiendo lo poco que había en la nevera, sin encender las luces, a oscuras, sin teléfonos, ni ordenadores, disfrutando solo de su piel y de su pasión sin límites.

Aprendió enseguida a deshacerse literalmente de amor en sus brazos y al final, cuando decidieron salir al mundo real y recuperar su rutina supo que ya no había marcha atrás: estaba completamente enamorada de Edward Fitz-Lyon y no le importaba nada más.

Él era maravilloso, el sueño de cualquier mujer. La amaba, la cuidaba, la mimaba y la trataba como a una diosa, sin embargo, apenas hablaba, no compartía jamás confidencias, ni secretos, tampoco respondía a preguntas personales y cuando un día se enteró por casualidad de que a pesar de ser un reconocido hombre de negocios su verdadera formación era como médico, él no quiso comentar el dato y cambió de tema como si se tratara de un secreto vergonzoso y digno de ocultar.

Edward era así y ella decidió respetar su privacidad y su tendencia a la melancolía silenciosa. Decidió que no le importaba que no quisiera compartir nada de su pasado o de su entorno, decidió que lo importante era estar juntos, ver su cuerpo rotundo y hermoso durmiendo a su lado, sus preciosos ojos sonriéndole nublados de pasión, oír su voz grave, y su elegante acento, pegados a su oído, compartir su tiempo y su intimidad, esa era su prioridad y empezó a

adaptarse a él con la misma entrega y vehemencia con la que se entregaba a todo lo demás.

Todo era perfecto, pero en realidad la vida no era perfecta y a los pocos meses empezaron los problemas en el paraíso.

De pronto se dio cuenta de que la recogía todos los días del trabajo, del gimnasio, a la hora de comer, de cualquier reunión profesional. Se pasaba las noches en vela pendiente de su sueño, de toda su vida, de su bienestar. Era una sensación novedosa y muy reconfortante para alguien que no había experimentado algo semejante con nadie, ni siquiera con el desastre de familia que tenía y que, no obstante, empezó a preocuparla cuando lo descubrió siguiéndola por la calle, cuando empezó a interrogarla por lo que hacía cuando no estaba con él, a preguntarle por la gente que conocía, por las llamadas que recibía o por sus actividades en Internet y entonces, irremediablemente, comenzaron las tensiones.

—¿Qué haces siguiéndome? —lo pilló en plena actividad de espionaje en Covent Garden y él ni se molestó en negarlo.

—Me preocupo por ti.

—¿Por qué?, ¿corro algún peligro?, ¿has sabido algo de Shaughnessy?

—Nunca bajo la guardia con él.

—Entonces vayamos a la policía, pero a mí no puedes acosarme de esta forma. El otro día mi jefe te vio vigilando la oficina y...

—Tu jefe es un inepto.

—Genial, Edward, muy amable.

—Me da igual lo que opinen personas ajenas a nosotros, y no te acoso, solo compruebo que estás a salvo.

—Estoy perfectamente y si no me explicas claramente qué peligro tan terrible puedo correr, no podemos seguir juntos. No pienso vivir así.

—Estupendo, por mí perfecto. Adiós. —le dio la espalda y ella lo siguió.

—¡Edward! —lo agarró de un brazo y lo obligó a mirarla a los ojos—. No seas así de tajante, hablemos, yo te quiero y...

—Mark Shaughnessy espera agazapado para robarme lo que es mío y tú eres un activo idóneo para chantajearme, así pues, procuro ir un paso por delante.

—¿Vais a seguir así eternamente?

—Ya llevamos una eternidad con esto.

—Muy bien, pues vayamos a la policía.

—No es cuestión de policías, Olivia, es una cuestión de honor. Ya te lo expliqué.

—No me has explicado nada, ¿no te das cuenta?

—Ya sabes más de lo que deberías saber.

—¿La solución es dejar de vernos?

—Creo que no estar contigo facilitaría las cosas, sí. Que me aleje de ti es la opción más segura.

—Si es eso lo que quieres, yo, pues... —se echó a llorar, él estiró el brazo y la estrechó contra su pecho.

—Sabía que esto acabaría pasando.

Pocos días después de esa charla se habían separado para siempre y no había ni día, ni hora, ni minuto en que ella no pensara en él.

—Estás preciosa... —De negro, con un ceñido vestido de noche se sentía guapa y femenina. Una sensación extraña. Se había hecho un moño alto pensando en que a Edward le gustaba de ese modo, y se había enfundado el vestido enumerando sus escasas salidas nocturnas con él por Londres. Era increíble el tiempo que habían dedicado a estar solos y ocultos del mundo real, y más increíble aún que no lo notara hasta que él la había dejado sola...— ¿Livi?

—¿Perdona?

—Digo que estás muy guapa.

—Oh, mil gracias, Álvaro, eres un sol. Tú también estás muy guapo.

Olivia sonrió al hermano de Cósima, se puso la pashmina ligera sobre los hombros y lo siguió al coche donde su amiga y su madre ya los esperaban listas para ir a la recepción en el museo dónde trabajaba Cósima. Uno de los museos medievales más importantes de Italia, que estaba en plena ciudad de Venecia, y que esa noche organizaba una gala de recaudación de la que los Della Gherardescaera eran los principales promotores.

Se subió al vehículo y se dedicó a mirar por la ventana incapaz de intervenir en la animada charla de sus amigos, y sin poder quitarse de la cabeza la imagen de aquella lancha rápida frente a su casa. Seguramente solo eran imaginaciones suyas, porque se había vuelto una paranoica, pero era muy extraño que alguien maniobrara de esa forma con una embarcación de recreo a orillas del lago, muy raro, y no pensaba obviar el asunto hasta que pudiera comprobar de alguna forma que Mark Shaughnessy no andaba cerca.

En realidad, a él nunca lo había buscado después de la desaparición de Edward y aquello era un error de manual, pensó de repente, viendo una lucecita al final del túnel. Había estado tan ciega y ensimismada en su dolor que no había ido directo a la opción más lógica: buscar a Shaughnessy, el enemigo eterno de

Edward, y preguntarle si él sabía algo de su paradero.

Edward Fitz-Lyon no tenía familia o amigos que ella conociera, sin embargo, sí conocía a su adversario más pertinaz y, aunque él la había hecho jurar que se mantendría lejos del escocés y que tendría todas las precauciones del mundo hacia él, había llegado el momento de dejar de esconderse, romper sus promesas, salir en su búsqueda y preguntarle por Edward Fitz-Lyon.

Sabía que era justamente lo que Edward no querría que hiciera, pero no le había dejado otra alternativa marchándose así y después de soltarle que era un “alquimista de cuatrocientos veinte años”. Ante semejante despropósito tenía derecho a buscar respuestas y Shaughnessy podía ser una buena fuente de información. En lugar de huir de él lo enfrentaría, decidió viendo como se acercaban a Venecia, ya estaba bien de languidecer sufriendo el desamor por los rincones, ya estaba bien de lamentos y de inquietudes absurdas. Ya estaba bien de seguir haciendo el tonto. Necesitaba saber dónde estaba Edward, necesitaba hablar con él y si para eso tenía que tratar directamente con el loco de Mark Shaughnessy, lo haría.

Aparcaron en la Plaza de Roma, ya en la isla de Venecia, y desde allí cogieron un *vaporetto* que los llevó hasta el centro de la ciudad. Un trayecto corto, pero hermoso por el Gran Canal, que siempre dejaba a Olivia sin aliento. Se apoyó en una de las barandillas del atestado vehículo fluvial para admirar esos espectaculares edificios venecianos, que parecían estar dibujados junto al agua como un decorado de cine que en cualquier momento se esfumaría delante de sus ojos, y entonces lo notó: un peso extraño en el pecho, un escalofrío, un suave susurro a su espalda.

—¿Qué sucede, bellísima? —Álvaro Della Gherardescaera se le puso al lado y la miró frunciendo el ceño—. ¿Te mareas? Es un trayecto muy corto, no...

—No, no, estoy bien, gracias. No te preocupes —se giró, escrutando a la gente que los acompañaba en el *vaporetto*, y luego le sonrió distraída— ¿A qué hora crees que acabará el evento?

—¿Tienes prisa?

—No, es que...

—Antes de la medianoche, supongo. Está prevista una cena.

—Ah vale.

—¿Estás deseando volver a casa para estudiar esos temas oscuros tuyos?

—¿Temas oscuros míos?

—Alquimia, magia, edad media... qué pereza... —bostezó con teatralidad y Olivia entornó los ojos—. Mi hermana dice que estás obsesionada con eso.

—Otra obsesión más, ya sabes cómo soy.

—¿Es verdad que andas buscando a tu último novio? Cósima dice que esta vez el pretendiente tiró las barreras y ha conseguido enamorarte de verdad.

—Cósima dice muchas cosas —bromeó, buscando a su amiga con los ojos, y Álvaro se le acercó más.

—Si un idiota te deja es que es muy idiota, Olivia. No lo busques más.

—No lo estoy buscando, no te preocupes —mintió y puso una educada distancia entre los dos. Álvaro llevaba muchos años tirándole los tejos y por muy amigos que fueran al final siempre acababa poniendo barreras para que no confundirlo. Él notó la maniobra y movió la cabeza.

—Si necesitas encontrar a alguien, puedo ayudar, conozco a gente que trabaja en seguridad privada y... —cuadró los hombros y bufó—. ¿Para que te ofrezco nada? Pasa de ese capullo de una vez por todas.

Diez minutos después entraban en el museo regalando sonrisas y saludos que abandonó pronto para perderse en aquellas salas donde Cósima y todo su equipo estaban haciendo un trabajo excepcional. Se separó de sus amigos y se mezcló con la concurrencia, que también parecía muy interesada en la nueva exposición sobre Dante que era la joya de la corona de la temporada, y estuvo intercambiando algunas opiniones con gente muy simpática, mientras la sensación de frío que había sentido esa mañana frente al lago, y esa tarde en el *vaporetto*, no desaparecía de su cuerpo.

Agarró un vaso de vino y se lo tomó de un trago, repasó toda la primera planta del museo sin poder relajarse y finalmente decidió salir a una terracita con vistas

al Gran Canal para tomar aire e intentar espantar esa estúpida sensación de inquietud que a medida que pasaban los minutos iba en aumento. Se sujetó a la reja de hierro que tenía delante, se asomó para admirar el Puente de la Academia y entonces la mano enorme y sólida de un hombre se le cerró entorno al brazo. —Madre mía, qué susto —Saltó, pensando que se trataba de Álvaro, dio un paso atrás y se giró para regañarlo, pero se quedó muda al ver que no era su amigo, sino Mark Shaughnessy en persona, el que le sonreía de oreja a oreja y con un puro en la mano.

—No hables, ni te muevas o acabarás tus días en este maldito canal.

—¿Cómo dice? —parpadeó, confusa, sin saber si estaba de broma, y él entornó los ojos poniéndose serio de golpe.

—Tú y tu amante me la habéis jugado y hora te toca pagar tu deuda conmigo.

—¿Pero qué...?

—¿Con quién te crees que estás tratando?, ¿con un burdo proyecto de hombre como tu amiguito Della Gherardescaera?

—Mire, no sé qué quiere, pero yo no tengo nada que ver en sus disputas con Edward y, si no me suelta ahora mismo, llamaré a la policía.

—¿A la policía? —soltó una carcajada y Olivia intentó zafarse de su manaza, pero él la retuvo con más fuerza—. No tienes ni idea de dónde te has metido al invadir mi hogar. Ya veo que el irresponsable de Fitz-Lyon ni siquiera tuvo la deferencia de advertirte de los riesgos que corrías metiendo tus narices en nuestros asuntos, pero, ese no es mi problema. Vamos.

—Yo no voy a ningún sitio ¿quién se cree que es? ¡Suélteme!

—¡Calla, mujer! —chilló con voz de ultratumba y ella se quedó paralizada, igual que le había pasado en su castillo de Escocia hacía meses, y él asintió, se le acercó y la abrazó por la cintura con propiedad—. Si no quieres perjudicar a tus amigos y montar un escándalo, vas a salir conmigo con esa bonita sonrisa que tienes y sin provocar ningún alboroto. ¿Queda claro señorita Villadiego?

La empujó hacia el *hall* principal, luego hacia la salida y finalmente bajaron las escaleras deprisa en dirección de un canal lateral donde un taxi

fluvial los esperaba tranquilamente con las luces encendidas. Olivia, que no podía dar crédito a lo que estaba pasando, saltó dentro y miró al conductor con cara de espanto, pero él la ignoró y puso en marcha la lancha sin emitir sonido alguno.

—¿Qué te contó tu médico inglés antes de abandonarte?

—Nada.

—¿Nada?, no me mientas, no estás en disposición de mentirme.

—Ni siquiera supe que era médico hasta casi el final de nuestra relación —tragó saliva y asió con fuerza su bolso—. No hablaba de nada.

—No te creo —Shaughnessy se desplomó a su lado en el taxi, que corría por las aguas del Gran Canal a una velocidad excesiva, y ella se apartó— ¿Solo se limitaba a follarte?

—¿Quién coño se cree que es para hablarme de ese modo? No sabe...

—¿Dónde está? —interrumpió, quitándole el bolso de las manos. Lo abrió, agarró su teléfono móvil y lo tiró al agua.

—¡Eh!, es el segundo móvil que me destroza ¿Está loco?

—No estoy de broma. ¡¿Dónde está?! —subió el tono y ella pegó la vista en la espalda del conductor pensando en ponerse a chillar como una loca en cuanto se acercaran a tierra firme.

—No lo sé. De hecho, pensaba preguntarle lo mismo.

—Te metes en nuestra disputa, te seduce, te folla y te deja tirada. Muy propio de Edward Fitz-Lyon.

—Y a mí qué me cuenta.

—No me repliques.

—No me hable en ese tono —lo miró a los ojos y él sonrió—. No tiene ningún derecho a retenerme, ni a hablarme así, ni...

—¿Te crees muy valiente?

—¿Y usted se cree muy valiente amenazando y acosando a una mujer?

—Empiezo a vislumbrar lo que el arrogante doctor Fitz-Lyon vio en ti —estiró la mano, la posó sobre su muslo y la deslizó despacio por debajo de la falda del

vestido. Olivia dio un respingo y le pegó un empujón con las dos manos.

—¡Ni se le ocurra tocarme!

—¿Remilgos?, ¿no quieres calentar mi cama fría y solitaria como hiciste con la del inglés?

—¡Váyase a la mierda, Shaughnessy!

—Mira, mujer... —la agarró con violencia por el cuello y la estampó contra el respaldo duro del taxi—. Eres un elemento peligroso, sabes más de lo que debiste saber jamás. Tu amante te vendió al desvelarte un secreto ancestral y tan valioso que tu insensata cabecita nunca será capaz de asimilar, así que no me provoques, porque si no te mato ahora mismo es porque te necesito viva unos días más ¿me oyes? Si sigues viva es para atraer a Fitz-Lyon hasta mí, pero en cuanto dejes de serme útil haré lo que quiera contigo ¡¿Queda claro?!

Media horas después, tras dar muchas vueltas por La laguna de Venecia, la metió a empujones dentro de un palacete frente a la ciudad. En el embarcadero dónde los dejó el taxi no había un alma, ya era noche cerrada, y la iluminación era pésima, así que no pudo pedir ayuda, ni se molestó en hacerlo, y entró en aquella casa intentando buscar una vía de escape razonable, sin embargo, no era idiota y supo en seguida que salir de allí sería imposible.

—A ver si aprendes a mostrar un poco de respeto —le dijo tirándola dentro de una habitación completamente a oscuras.

Cayó de rodillas encima de un suelo de piedra desnudo y helado, se levantó de un salto e intentó mirar la hora. Las nueve y media de la noche, la cena en el museo ya habría empezado y seguramente alguien la echaría de menos, pensó optimista, revisando las ventanas tapeadas, y se pegó a la escasa luz que entraba por sus rendijas para gritar pidiendo ayuda. El mar estaba cerca y con algo de suerte pasaría algún barco, turistas caminando o algún pescador, quiso creer durante un rato, pero el optimismo le duró poco y acabó deslizándose por la pared para sentarse en el suelo hecha un ovillo y llorando como una idiota.

[Shaughnessy](#) era listo y tendría un buen escondite. Era un tipo rico y con recursos, no iba a cometer la estupidez de secuestrar a alguien para encerrarlo en

un hotel o en una zona concurrida de Venecia. Seguro que estaban perfectamente aislados y cualquier escándalo que montara allí solo le serviría para agotarse y hundirse más, y eso no podía permitirlo, no podía porque lo fundamental era mantenerse serena y firme, tranquila. Esas eran las únicas bazas de una víctima de secuestro, había leído alguna vez en un libro y, a pesar del miedo que empezaba a atenazarle todo el cuerpo, debía mantener la calma y la energía intactas, esa sería su única oportunidad ante un loco completamente imprevisible como Mark Shaughnessy.

Cerró los ojos y rezó rogando al cielo porque Álvaro o Cósima se preocuparan por su inesperada desaparición y pidieran ayuda a la policía, o porque alguien la hubiese visto salir con prisas del museo acompañada por un perfecto desconocido. Era probable que Álvaro sí la hubiese visto con el escocés porque siempre andaba pendiente de ella, pero también era probable que pensara que se trataba de su novio desaparecido, se enfadara y no quisiera intervenir.

En resumen, concluyó pasado un rato, estaba perdida, sola y en manos de ese tipo que había hablado de un secreto ancestral y valiosísimo que supuestamente le había revelado Edward: “Tu amante te vendió al desvelarte un secreto ancestral y tan valioso que tu insensata cabecita nunca será capaz de asimilar”, había dicho literalmente y supuso que se refería a lo de ser un alquimista inmortal, porque aparte de esa locura, Edward Fitz-Lyon jamás le había revelado nada de importancia.

Fuera lo que fuese, Mark Shaughnessy no parecía el más cuerdo y sensato de los mortales, y a esas alturas del partido Edward tampoco, así pues, estaba claro, se encontraba en manos de gente perturbada y peligrosa que la había metido en medio de un juego absurdo del que no sabía nada, y del que tampoco le apetecía saber nada más.

—¡Mujer!... —Shaughnessy la despertó con un grito y ella se levantó de un salto dispuesta a defenderse, pero no hizo falta porque él se limitó a caminar a su alrededor sin dejar de sonreír—. Lord Fitz-Lyon me acaba de confirmar que no le interesa nada de lo que pueda pasarte aquí. ¿Qué te parece? Menudo amante te

fuiste a buscar, un alquimista de cuatrocientos años tan cobarde y egoísta como un colegial.

—... —Guardó silencio y tragó saliva. Shaughnessy se le acercó y le acarició el pelo con la mano abierta.

—Lo que te contó en Windsor es cierto. Edward Fitz-Lyon era un prestigioso médico en el siglo XVII, un erudito que se convirtió en alquimista, encontró la inmortalidad y con el paso de los años se convirtió en el guardián del secreto, del elixir de la vida eterna, que fue descubierto por nuestros maestros al principio de todos los tiempos.

—Vale... —bajó la cabeza y Shaughnessy la obligó a mirarlo a la cara.

—¿Te asusta la verdad?

—No, señor, lo que no entiendo es qué hago yo aquí.

—Él tiene la culpa, él te contó el secreto.

—¿Qué era un alquimista de cuatrocientos años?. Jamás me lo creí.

—Recuperaste la piedra con él, te jugaste la vida por él. ¿No te dijo que la piedra circular contiene la fórmula del elixir de la vida eterna?

—No, claro que no, y si me hubiese dicho algo semejante no me lo hubiese creído.

—¿Y por qué fuiste a Escocia a robar la piedra?

—Yo no fui a Escocia a robar la piedra, fui porque era mi responsabilidad recuperarla. Yo planifiqué la prospección en Irlanda, yo la había perdido y solo quería hacer bien mi trabajo y devolvérsela a su legítimo dueño. Jamás imaginé que Edward la robaría, y mucho menos que me estaba jugando la vida. Las cosas no funcionan así en mi mundo ¿sabe?

—¿Y cómo funcionan?

—Soy arqueóloga, me dedico a la documentación y la conservación de objetos en un museo, no los robo, ni arriesgo mi vida por ellos y, por descontado, no creo en elixires de la vida eterna o alquimistas inmortales del siglo XVII, así que si Edward Fitz-Lyon me hubiese hablado abiertamente de eso no le habría hecho el menor caso.

—Una mujer enamorada cree cualquier cosa.

—Anticuado y condescendiente. ¿Usted se oye cuando habla?

—Maldita insolente —levantó la mano e hizo amago de abofetearla, pero se contuvo y Olivia dio un paso atrás—. Alguien debería darte una lección, muchachita, y te la daré, pero primero me ayudarás a zanjar mi guerra con Fitz-Lyon.

—Pero... —sintió el tirón en el brazo y acto seguido iba trastrabillando camino del exterior. Se sujetó a la barandilla de una escalera y Shaughnessy la miró furioso—. No tengo ni idea de lo que me habla y dudo mucho que pueda ayudarlo con Edward, se largó hace meses y yo no...

—Lord Edward Fitz-Lyon, el hijo de un rico médico de la corte, fue injustamente elegido para custodiar la piedra sagrada. Él era mi oponente para hacerse cargo de la tarea. Un oponente inepto y poco preparado que consiguió el favor de nuestro maestro por su origen, su belleza y su riqueza, y que se impuso a mí, que era el guardián óptimo, rompiendo una tradición milenaria. Una injusticia que llevo siglos intentando subsanar.

—¿Qué? —entornó los ojos y respiró hondo— ¿Me está diciendo que usted también es un alquimista del siglo XVII?

—No exactamente. Nací un siglo antes.

—Madre mía —mover la cabeza y él bajó un escalón para buscar sus ojos.

—¿Te sorprende?

—Mire, yo... —forzó una sonrisa, incapaz de gestionar aquello y Shaughnessy volvió sobre sus pasos empujándola hacia el jardín de la casa. Hacía mucho frío y se le puso delante cruzándose de brazos.

—¿No me crees?

—Disculpe si todo esto me sobrepasa.

—Pensé que eras arqueóloga, una científica, una mente abierta.

—Me está hablando de algo que escapa completamente a...

—La alquimia —interrumpió, levantando una mano—. Ha sido considerada

durante siglos, por gente ignorante como tú, una pseudociencia al margen de valores científicos convencionales. La culpa de este desconocimiento la tienen principalmente los fanatismos religiosos que no lograron llegar a ella y aprender de sus secretos, y que acabaron tachándola de práctica maldita, de superstición, de pecado. La religión ha impedido a los seres humanos conocerla como fuente de sabiduría y peor aún, les ha impedido disfrutar de los valiosos éxitos que ha conseguido a lo largo de su historia. El miedo, la ignorancia, la Inquisición, la desconfianza y personas como tu Edward Fitz-Lyon han logrado mantener en la sombra nuestros conocimientos. Eso es lo que ha pasado y eso te hace indigna e incapaz de comprenderla.

—¿Edward ha hecho qué?

—Como guardián del secreto prefiere mantenerlo oculto a darlo a conocer, y ese no es el espíritu primigenio de nuestro conocimiento, por esa razón, necesito arrebatarte la piedra.

—Todo esto suena a un juego de rol —susurró y su interlocutor se le acercó frunciendo el ceño.

—No murmures.

—No murmuro —respiró hondo y lo miró a los ojos. Unos impresionantes ojos oscuros, bordeados por unas espesas pestañas, que observaban el mundo con la misma superioridad con la que lo hacía Edward. Una evidencia que solo contribuyó a confundirla un poco más—. Sigo sin saber en qué le puedo ayudar yo. Edward ha dicho que no le interesa lo que me pase, no sé nada de su “secreto”, salvo lo que acaba de contarme, y hay gente buscándome ahora mismo en Venecia, así que...

—¿Gente buscándote en Venecia?. Nadie te busca en ninguna parte, Olivia. No cuentas con nadie, no le preocupas a nadie. La gente suele dejarte sola.

—Ok, perfecto —asintió, sosteniéndole la mirada con toda la dignidad que pudo y él le sonrió—. Eso no puedo rebatirlo.

—¿No te sientes muy desgraciada a tu edad y sin nadie que cuide de ti?

—Tengo veintisiete años, no necesito que nadie cuide de mí.

—Pero ¿parecías muy feliz junto al inglés?

—Eso es el pasado, él me dejó, se marchó y ni siquiera se despidió de mí, así qué... señor Shaughnessy ¿qué quiere de mí?

—Atraer a Edward Fitz-Lyon.

—¿Conmigo? Creo que se equivoca.

—Estoy seguro de que anda cerca, acechando, porque lleva meses acechándote, ¿sabes?, protegiéndote, lo llama él. Así pues, te quedarás conmigo hasta que aparezca, me entregue la piedra sagrada y decida qué hacer contigo.

—¿Y tenemos que esperarlo aquí? —miró a su alrededor y se cruzó de brazos muerta de frío—. Perdemos el tiempo. No vendrá.

—No, no tenemos que esperarlo aquí, en cuanto llegue nuestro transporte nos marcharemos a otro lugar.

—Madre mía —masculló, observando a ese tipo de reajo y otra vez percibió en él la misma energía que desprendía Edward Fitz-Lyon. La misma fuerza, la misma intensidad, el mismo poder, y dudó por un segundo en su propio criterio. ¿Y si toda aquella locura era cierta y estaba perdiendo el tiempo con dudas y prejuicios que le estaban impidiendo ver con sus propios ojos un verdadero milagro de la naturaleza... o de la alquimia? No, no podía ser verdad.

—¿En qué piensas?

—En que todo esto no puede ser verdad.

—¿Y tienes miedo?

—¿Usted qué cree?

—Creo que a pesar de todo eres muy valiente y leal, y esos rasgos tan poco femeninos me conmueven.

—Vaya por Dios —prefirió no discutir y se giró hacia el mar. No había una

estrella, estaba nublado y solo se oía el rumor del agua. A lo lejos algunas luces de la plaza de San Marcos le recordaron dónde estaba y quiso pensar que de repente se iban a encender unos focos, alguien diría ¡Corten! Y la jugarreta habría acabado para siempre.

—¿No te mencionó tu médico dónde pensaba esconder la piedra sagrada?

—No.

—¿Me lo dirías si lo supieras?

—Supongo que no.

—¡Jesucristo! —exclamó con un fuerte acento escocés y se le acercó para mirarla con mucha atención a la cara—. A medida que pasa el tiempo comprendo mejor al maldito inglés. Hacía siglos que Edward Fitz-Lyon no perdía la cordura por una mujer ¿sabes? y tenías que ser tú... ¿por qué?

—¿Perder la cordura?. Está claro que no conoce muy bien a Edward.

—En eso tienes razón —soltó una carcajada, estiró la mano y la sujetó por la nuca buscando su boca—. Yo te mostraré lo que es perder la cordura, criatura.

—¡Suélteme!

—¡Calla! —la tiró al suelo con violencia y se le puso delante separándole las piernas de una patada—. A mí nadie me da órdenes, mujer.

—¡Déjeme en paz! —se escurrió por el césped, él la sujetó por una pierna bastante divertido y la arrastró por la hierba húmeda sin ningún esfuerzo.

—Las mujeres de este siglo solo habéis ido a peor, pero no me importa, me gustará enseñarte. Será un placer convertirte en mi preciosa y sumisa mujercita.

—¡Cabrón! —le dio unas cuantas patadas en las canillas y él se lamió los labios con cara de sátiro, sin quitar los ojos de encima a su cuerpo semidesnudo por culpa del vestido de noche que se le había subido hasta las costillas.

—¿Eres una niña mala, Olivia? —se inclinó, la sujetó por las braguitas y se la pegó a la pierna—. ¿Te gustaba jugar con tu amante inmortal?, ¿te gusta que te

sometan?

—¡No me toque! —se incorporó y lo escupió con todas sus fuerzas, él se puso serio, levantó la mano y le dio una bofetada brutal que la dejó casi inconsciente contra el suelo.

—¡Maldita zorra!

—¡Ya basta !... —la voz clara de Edward Fitz-Lyon se oyó en medio de los gritos y Olivia intentó abrir los ojos para comprobar que era cierto y estaba allí, pero solo pudo vislumbrar una sombra enorme que se acercaba despacio hacia ella—. Vuelve a tocarla y te parto en dos.

—Al fin apareces, doctor, creí que no llegarías nunca.

—¡Apártate de ella!

—¿Dónde está mi piedra?

—Ven aquí, pequeña —estiró la mano para levantarla, pero Shaughnessy fue más rápido, la agarró por el cuello y se la pegó al cuerpo.

—No perdamos más el tiempo, dame la piedra y yo te entrego a tu ramera.

—Déjala marchar, ella no sabe nada, esto es un asunto solo entre tú y yo, Mark. No metas a una mujer por en medio.

—Tú la metiste por en medio.

—No es verdad.

—Maldito inglés arrogante, acabaré matándola a golpes —agarró a Olivia, que tenía la boca llena de sangre, la sujetó por la nuca y la tiró con violencia contra el pequeño muro que rodeaba el jardín. Ella se estampó contra las piedras y sintió perfectamente como se le salía el hombro de su sitio. Ahogó un grito y vomitó lo poco que tenía en el estómago.

—No es mi mujer, puedes hacer lo que quieras con ella, sin embargo, jamás consentiré que maltrates a una dama en mi presencia. Lo sabes —guardó un segundo de silencio y caminó con precaución hacia ella—. Olivia, vamos, levántate.

—Suficiente... —Shaughnessy se puso en medio de ambos impidiendo que se

miraran a la cara—. Tú sabes lo que quiero, yo sé lo que tú quieres, eres consciente de lo que soy capaz, así pues, no sigamos con este circo. Tú tiempo se ha acabado, Fitz-Lyon.

Sin mirarla, Mark Shaughnessy extendió el brazo, la agarró por el vestido y la levantó del suelo de un tirón. Olivia sintió un dolor indescriptible por todo el cuerpo y no pudo enderezarse, pero sí pudo de levantar los ojos y mirar a Edward de frente. Él la observaba con una congoja enorme, mientras el escocés deslizaba su enorme manaza para cerrarla alrededor de su cuello, y solo atinó a forzar una media sonrisa mientras las lágrimas le empezaban a mojar la cara ya sin ningún control.

—Tu tiempo es el que se ha acabado, viejo amigo —una voz con un fuerte acento extranjero se oyó por detrás de Edward y este se apartó para dejar a la vista la figura de un hombre enorme llegando al jardín con bastante calma.

—Omar —susurró Shaughnessy y Olivia percibió cómo cedía la presión contra su cuello.

—Así es, milord, y no vengo en son de paz —con un movimiento sutil aquel individuo de piel oscura arrastró la mano hacia atrás y sacó de su espalda un enorme sable curvo que brilló a pocos milímetros de la cara de Olivia—. Tendré que acabar primero con la dama, pero luego iré a por ti.

—¿Qué haces tú aquí, Omar?

—Cuidar del tesoro. Cumplir con mi deber sagrado.

Levantó el sable y se lo puso a la altura de los ojos, luego lo elevó por encima de su cabeza y ella pudo seguir con pavor la trayectoria de la enorme espada cortando el aire a un milímetro de su cuello.

Ya está todo decidido, pensó, acordándose de sus padres, moriría allí, en Venecia, con Edward mirando impertérrito su final, mientras nadie hacía nada por ayudarla. Cerró los ojos y se puso a rezar, pero de repente un movimiento brusco la hizo caer con fuerza otra vez contra el césped, gritó por el dolor en el hombro, pero no se movió hasta que una mano firme la agarró, la sostuvo con vigor y la sacó de allí a una velocidad extraordinaria.

Sus piernas no tocaban el suelo y se dejó llevar hasta un embarcadero mientras a su espalda los gritos y maldiciones en varios idiomas de aquel par de locos se oía igual que una película de templarios, o una serie histórica de HBO.

—Bien, bien, bien —Edward la posó delicadamente sobre el pantalán, revisando con mirada profesional sus heridas y finalmente deslizó sus dedos largos y suaves por su cuello hasta la clavícula—. Quieta, sólo será un momento. Mírame a mí, no mires atrás. Contaré hasta tres. Uno... —Un estiramiento brusco, pero preciso, le colocó nuevamente la clavícula en su sitio y, aunque la maniobra había sido rápida y experta, no le evitó un dolor tan intenso que la hizo caer de rodillas al suelo—. Lo siento, ya está. Mírame, pequeña. ¿Qué tal estás?

—¿Que qué tal estoy?, ¡¿en serio?! —los sollozos apenas la dejaban respirar y retrocedió mirándolo de arriba abajo— ¿Tú qué crees?, ¿dónde te has metido todos estos meses?, ¿quién demonio son esos tipos?, ¿qué coño está pasando aquí?

—Schhh —sonrió, se acercó, la levantó y la estrechó contra su pecho. Olía a su perfume de siempre y ella no pudo evitar cerrar los ojos y aferrarse a su pecho sin poder contener el llanto—. Escucha con atención, ahora vas a subirte a esa lancha y te llevarán al aeropuerto ¿me oyes? ¡Olivia!

—No, no pienso moverme hasta que me expliques qué clase de juego desquiciante os traéis entre manos.

—No es ningún juego. Ahora vete, es peligroso que sigas aquí.

—¿Dónde estabas?, ¿qué está pasando? ¿Sabes acaso lo que he sufrido estos últimos meses por ti? ¡Maldita sea, Edward!

—Lo sé, lo sé perfectamente y te lo explicaré todo, pero ahora no puedo. Ahora lo único que debes saber es que hice lo hice porque te amo, porque quiero protegerte. No lo olvides jamás. Ahora sube a esa lancha y vete. Vamos.

—No.

—Ahora no, cariño. Ahora no voy a discutir contigo —la acercó al taxi fluvial y la hizo entrar con gesto serio.

—¿Y tú que piensas hacer?

—Yo te buscaré en Londres.

Se miraron a los ojos, ella subió otra vez al muelle, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él devolvió el beso deteniéndose unos segundos para apoyar la frente en la suya, se abrazaron por última vez y Olivia saltó dentro de la lancha sin perderlo de vista. El taxista aceleró camino de la negrura absoluta del mar y lo último que vislumbró fue a Edward Fitz-Lyon, con su largo abrigo negro de cuero, girar sobre sus pasos y volver al jardín dónde no tenía ni idea, ni imaginación, para entender lo que estaba ocurriendo entre Shaughnessy y aquel hombre del sable.

Una hora después sobrevolaba Venecia con dirección a Inglaterra, dolorida y agotada, sin dejar de llorar, y sin saber qué diantres estaba pasando en su vida. Una incertidumbre total que acabaría por volverla completamente loca, concluyó, mirando por la ventanilla de ese jet privado que la estaba esperando en Marco Polo con una tripulación completa, e instrucciones precisas sobre su viaje, cuando el taxista la dejó en el área de salidas privadas del aeropuerto.

—¿Señora? —la voz de la azafata la hizo saltar en su sitio y la miró frunciendo el ceño—. Esto es para usted, tenía que entregárselo después del despegue.

—¿Para mí? —se le contrajo el pecho al comprobar que se trataba del viejo maletín de Edward y se sentó mejor en la butaca.

—¿Le traigo un analgésico?

—Sí, por favor y muchas gracias.

Se arregló el pelo pensando que debía tener una pinta horrible, agarró la manta del asiento de al lado y se tapó hasta el cuello sin poder abrir el dichoso maletín que había visto muchas veces en casa de Edward. Por una parte, su curiosidad por ver qué contenía, y saber por qué se lo entregaban, era inmensa, pero por otro lado suponer que aquello significaba que la pesadilla no había terminado y que todo no hacía más que continuar con su rueda desquiciante de misterios y despropósitos, en la que no pensaba seguir interviniendo, le provocaba una desazón enorme, así que se quedó mucho rato con el maletín abrazado contra su pecho, hasta que la curiosidad pudo más y no le quedó más

remedio que quitar el seguro y mirar en su interior.

Dentro, su único contenido era un cuaderno antiguo, cosido a mano, con tapas de cuero forjado. Lo abrió con mucho cuidado y entonces la letra elegante y segura de Edward Fitz-Lyon se hizo visible provocándole un escalofrío. La recorrió con el dedo muy emocionada y empezó a leer.

“Esta es mi verdad. La verdad de un inmortal que ha sobrevivido cuatro siglos, léela con calma, con atención y sosiego, mi pequeña.

Hace cientos de años, en los albores del tiempo, en la verde y húmeda Irlanda, un grupo de cuatro druidas consiguieron elaborar el más preciado de los tesoros, el Elixir de la Vida Eterna. Desde ese primer instante los cuatro sabios decidieron proteger y salvaguardar el secreto de las miradas indiscretas, de las conciencias livianas y de la ambición sin límites del ser humano. Aislaron la fórmula y la plasmaron en una serie de ocho piedras que se repartieron entre ellos para proteger eternamente el tesoro. Un tesoro que acabó en el siglo XVII en manos de un único alquimista, un joven médico del Londres de 1628, yo mismo, elegido por todos como el depositario de sus secretos y quién, más de cuatrocientos años después, sigue viviendo, custodiando aquel valiosísimo legado y cumpliendo, cada cien años, con una obligación sagrada: renovar el Elixir, repartirlo entre los inmortales que campan por el mundo, y luchar con honor por mantener a salvo la fórmula tal y como fue concebida por los aquellos druidas originales.

En este largísimo periplo ha habido buenos y malos momentos, soledad y compañía, desesperación y sosiego, amigos y muchos más enemigos, el mayor y más constante, uno que has tenido la mala suerte de conocer, lord Mark Shaughnessy de Edimburgo.

Shaughnessy es un inmortal, un inmortal nacido cien años antes que yo. Él fue un valiente y combativo guerrero escocés, un hombre de honor que, sin embargo, al conocer el secreto nos traicionó, rompió con todas las reglas impuestas por los druidas originales y fue condenado al destierro. Mark Shaughnessy había sido el primer elegido para cumplir con la tarea como

custodio del tesoro unificado, pero debido a sus excesos y a su rebeldía contra las reglas de los maestros, fue castigado y apartado, y me otorgaron aquel honor a mí.

Desde entonces no ha hecho otra cosa que luchar denodadamente contra nosotros.

Siento muchísimo que te hayas visto envuelta en medio de nuestra guerra, pero no lamentaré jamás el haberte conocido, Olivia Villadiego. Eres una de las personas más importantes que ha pasado por mi larga y complicada vida y, seguramente, de las pocas mujeres a la que he amado de verdad. Por esa razón he jurado protegerte, amarte y ampararte el resto de tu vida. Velaré por ti, amor mío, no temas por nada...”

No pudo seguir leyendo, las lágrimas le nublaban la vista y el corazón se le iba a salir del pecho, así que respiró hondo, cerró los ojos y trató de asimilar aquello sin ponerse a gritar.

No puede ser verdad, no puede ser verdad, se repitió intentando mantener la cordura, intentando comprender y aceptar las palabras del amor de su vida, pero se sentía incapaz. Se movió incómoda en la butaca y la amable azafata se materializó a su lado con una taza de té. Ella la miró dando gracias a Dios por el gesto de normalidad en medio de la locura que parecía rondarla, asintió con una sonrisa, se lo agradeció y tomó el primer sorbo con placer. Seguía helada y le dolía todo el cuerpo, así que sentir el delicioso líquido caliente bajando por su garganta fue como un regalo, estiró las piernas y miró por la ventanilla notando cómo el agotamiento empezaba a apoderarse de cada uno de sus músculos. Una sensación de pesadez que intentó espantar para seguir leyendo las letras de Edward, pero fue inútil.

Se enderezó en el asiento y sujetó el cuaderno con decisión, enfocando la vista sobre las hojas color vainilla, pero no vio nada. Parpadeó y se apartó el pelo de la cara, movió la cabeza, sin embargo, no podía concentrarse porque una neblina espesa empezó a embotarle los sentidos. Quiso levantarse, pero no pudo, quiso hablar y tampoco fue posible. Dos segundos después cerró los ojos de

manera involuntaria y se durmió.

—Hay personas que están hechas para el amor —se inclinó y le lamió el ombligo provocándole un estremecimiento formidable por todo el cuerpo—. El amor físico, me refiero.

—¿Ah sí? —estiró la mano y le acarició ese pelo rubio y tan suave cerrando los ojos.

—No pueden evitarlo y tú eres de esas, mi pequeña Olivia Villadiego. Aunque tu tendencia natural es esconder esa indómita sensualidad que desprendes, a mí no has podido engañarme.

—Bueno, si tú lo dices.

—Mmm —se incorporó y la miró a los ojos sujetándola por el cuello, ella sonrió y él movió la cabeza—. No tienes ni idea de lo que te tienes.

—Yo...

—Si fueras consciente del poder que ejerces sobre mí, mi pequeña y preciosa dama —la sujetó por las caderas y la apoyó contra los azulejos de la ducha para penetrarla con vigor y sin mediar palabra. Olivia soltó un quejido y se aferró a él percibiendo cómo se disolvía en un orgasmo casi instantáneo—. Dulce y caliente, así eres tú, mi dulce y hermoso amor. No dejes de mirarme, vamos, mírame.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —apoyó su frente en la suya y siguió balanceándose dentro de su cuerpo con los ojos abiertos, conteniéndose y sonriendo, cómo solía hacer, y Olivia se dejó llevar al abismo varias veces antes de que él se entregara a un clímax compartido e impetuoso que los dejó exhaustos y temblando.

Se despertó con esa deliciosa sensación extendiéndose por cada centímetro de su piel y se tapó con el edredón decidida a seguir durmiendo. Seguía húmeda y satisfecha, tan excitada como esa misma mañana en el Fauchon l'Hotel de París, dónde habían llegado la víspera porque a él se le había antojado cenar a orillas

del Sena.

Igual que esa misma mañana no, pensó, abrió los ojos y se sentó en la cama espabilándose de golpe. No estaban en París, ni en un hotel, estaba sola y había pasado lo de Venecia y...

—¡Joder!

Miró hacia la mesilla de noche. En ese preciso instante la radio reloj se encendió y un entusiasta locutor le dio los buenos días: *“Es martes 2 de octubre, londinenses, son las siete de la mañana y el tráfico del centro de la ciudad fluye con total normalidad. La ministra...”*

Saltó de la cama oyendo el resto del boletín informativo, corrió hacia la ventana de su apartamento y abrió las cortinas de par en par, lloviznaba, estaba muy nublado, se miró a si misma y acarició su pijama de franela favorito con duda, levantó la mano y se tocó el pelo suelto. ¿Cómo había llegado a casa?

No recordaba absolutamente nada, pero sí recordaba lo más importante: el cuaderno de Edward. Salió al saloncito y lo buscó por todas partes. Movié sillones, cojines, cajones y no lo encontró, tampoco su vestido de noche, ni sus zapatos.

A las nueve de la mañana, con la casa patas arriba y en un estado de desesperación total, su móvil sonó pegándola al techo del susto. Lo observó con desconfianza un rato, recordando que ese loco escocés lo había tirado a un canal en Venecia, pero finalmente se acercó y lo contestó con un hilito de voz.

—¿Diga?

—¿Dónde te metes?

—¿Quién eres?

—Charlenne, ¿quién va a ser?

—¿Charlenne? —recordó a la ayudante de su departamento y respiró hondo—. Ah, vale ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa?, ¿dónde coño te metes?

—¿Perdona? —respondió un poco perpleja por la palabrota y el exceso de confianza, y caminó hacia la cocina para encender el calentador de agua mientras

seguía buscando con los ojos el cuaderno—. Estoy de vacaciones, estaba en Venecia.

—¿Venecia? —Charlenne soltó una tremenda carcajada—. Vale, perfecto, llámalo como quieras, pero deja a Venecia en casa y ven cagando leches si no quieres que nos despidan a todos.

—¿Cómo dices?

—La reunión, Olivia... con Petersen ¿recuerdas? Venga, corre, que está que se sube por las paredes.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

—¿Qué te has tomado?, ¿un somnífero?

—Eso parece.

—Hija, pues, lo siento, espabila rapidito y vente para acá o se va a montar la de Dios.

Asintió de forma automática, se metió bajo la ducha tratando de situarse y no pudo, se vistió, tomó una gran taza de café y salió a la calle por inercia, porque no tenía ni idea ni porqué estaba allí, ni que reunión era esa con su jefe.

Bajó al metro y revisó su teléfono móvil, no tenía mensajes ni llamadas de nadie relevante, entró en la agenda y descubrió con horror que los antiguos números de teléfono Edward Fitz-Lyon no aparecían por ninguna parte, ni los de su despacho, ni los de su casa, ni su móvil. Tampoco sus mensajes de voz o de texto, que llevaba meses conservando como oro en paño. Apagó y encendió el aparatito dos veces para ver si era un error tecnológico, pero siguieron sin aparecer, pasó a las cuentas de email y tampoco figuraban, así que llegó al museo como en trance, muy confusa, mareada y enferma, y se presentó en la reunión de su departamento sin hablar, como un autómatas, hasta que pudo entrar al cuarto de baño, devolver hasta la última papilla, recomponerse un poco y entrar en su oficina para hablar con Charlenne.

Charlenne Wilson, una estadounidense bastante lista, hija de un íntimo amigo de su jefe, era ayudante en su oficina desde antes de conocer a Edward, lo había visto varias veces, no había perdido detalle de su relación y seguro que le

aclaraba algunas cosas, así que se le plantó delante y la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué tal la reunión, Bella Durmiente?

—Nada importante, no sé a qué tantas prisas.

—¿Ah no?, pues se puso hecho un basilisco esta mañana porque...

—Es igual, Charlenne, gracias ¿No sabías que estaba de vacaciones?

—No.

—¿No te avisé que me iba a Venecia?

—¿Cuándo?

—Esta última semana, yo...

—Hasta ayer estabas currando como siempre ahí dentro, enterrada en los papeles de la prospección de Winchester —le indicó su mesa con la cabeza y se puso de pie— ¿De qué vacaciones me estás hablando?

—¿Ayer estaba trabajando?, ¿estás segura?

—Pues claro, ¿qué te pasa?, estás muy pálida.

—No me siento muy bien.

—¿Te traigo un té?

—No, gracias... —el té, el maldito té de la azafata. Eso la había dormido y la había dejado fuera de juego. Cuadró los hombros y volvió a fijar la vista en Charlenne— ¿No habrá llamado Edward?

—¿Qué Edward?

—¿Cómo que qué Edward? —subió el tono de voz y se cruzó de brazos empezando a enfadarse de verdad—. Edward Fitz-Lyon, mi novio.

—¿Tienes novio?

—¿Me estás tomando el pelo?, ¿Edward?, ¿al que tú llamas cariñosamente “Macizorro”?

—No sé de qué me hablas, lo siento.

—¿No te acuerdas del lio con la prospección de Howth?

—¿Ha habido algún problema con la prospección de Howth?

—¿No sabes nada de Edward Fitz-Lyon, de la excavación en Howth y de la piedra que perdió el gobierno irlandés?, ¿De mi viaje a Escocia para

recuperarla?, ¿De su desaparición?, ¿de mis vacaciones en Venecia?. ¿De verdad no sabes nada o esta es una de tus bromitas para intentar sacarme de mis casillas?

—Olivia, por favor. Te lo juro por Dios, no sé de qué me estás hablando y te lo digo en serio, empiezas a asustarme. ¿Quieres que llame a alguien?

—¡Joder!, no, muchas gracias.

Se giró indignada y se desplomó en su silla tapándose la cara con las dos manos. Aquel era un diálogo de sordos y no podía ser verdad. Alguien le estaba tomando el pelo y no pensaba consentirlo. Agarró el teléfono y llamó a su familia a España, a sus amigos, a algunos colegas, y al cabo de un rato se dio cuenta de que nadie recordaba a Edward Fitz-Lyon, algo no del todo extraño porque en realidad no se lo había presentado a nadie y habían vivido su historia de amor prácticamente enajenados del mundo real, pero que nadie se acordara del asunto de la prospección en Howth, ni siquiera Fiona McGiles del ministerio de cultura de Irlanda, a la que también llamó en un último intento por situar los hechos, empezó a preocuparla de verdad.

Antes de la comida ya estaba convencida de que le estaban haciendo “luz de gas”. Alguien la estaba confundiendo a propósito e incluso haciendo pasar por loca, así que dejó de llamar a la gente y pensó en Cósima.

—¿Yo te he mentado alguna vez? —le preguntó, desesperada delante del ordenador y Cósima respiró hondo.

—No, Olivia, nunca me has mentado, pero yo tampoco a ti y te juro por mi madre que no te veo desde hace dos años.

—No puede ser, esto no puede ser verdad.

—Vamos a ver ¿alguien te ha dado a beber algo?, ¿saliste anoche, te drogaron y todo esto puede ser un sueño?

—No.

—¿Despertaste vestida o estabas desnuda?. Es posible que te metieran algo en la bebida...

—¡No!, no salí anoche y esta mañana estaba tranquilamente en mi cama con el

pijama puesto. No es eso. Lo único que bebí fue un té en ese avión privado que me trajo hasta Londres.

—Pero ¿no recuerdas cómo llegaste a Londres?

—No, porque seguramente me drogaron.

—Ahí está, tu única certeza es esa sensación de haber sido drogada, por lo tanto, yo creo...

—No, Cósima, no es eso, pero es igual. Te dejo, voy a seguir buscando en Internet.

—No te enfades conmigo, solo trato de aclarar lo que puede haber pasado.

—Pasó que conocí a un tío, me enamoré de él, me involucré en un montón de mierdas suyas, me dejó, lo reencontré en Venecia, porque un rival suyo me tenía retenida en una casa, me salvó, me metió en un taxi, subí a un avión y aquí estoy.

—Vaya por Dios.

—Supongo que está usando el más sofisticado de los métodos para librarse de mí.

—Y ¿por qué solo te acuerdas tú de todo lo que pasó y los demás no?

—Buena pregunta. Ese es otro misterio que tengo que resolver.

—Bueno, yo solo te puedo asegurar que ayer no te vi, ni esta última semana. La última vez que nos vimos fue en Madrid hace dos años, en la boda de tu hermana Candela.

—Está bien. Me voy a volver loca —se pasó la mano por la cara y Cósima soltó un bufido.

—Ya sabes que mi primo Marcello es un hacker muy bueno, trabaja para el gobierno, tal vez puede buscar algo sobre ese Edward Fitz-Lyon a su manera.

—No, gracias, no te preocupes. De momento las empresas Fitz-Lyon, su fundación, sus oficinas, todo está desaparecido. Nunca existió y creo que por más que indague no voy a encontrar nada. Lo tienen todo previsto.

—¿Quién lo tiene todo previsto?

—Es igual. Te llamo cuando descanse y me aclare un poco.

—¡Livi! —la detuvo antes de colgar y le sonrió—. Álvaro va a Londres la semana que viene, no te hagas la estrecha y sal a cenar con él, sabes que sigue muerto

por tus huesitos.

—Ciao, bella.

Se despidió guiñándole un ojo e intentando parecer un poco cuerda para que no se preocupara más por ella y continuó buscando en Internet algún material sobre Edward Fitz-Lyon, pero no encontró nada, ni ese día, ni los días posteriores, ni las semanas que se le vinieron encima, una tras otra, sin ninguna piedad, y que solo le pudieron dejar una cosa clara: esa gente no existía, el amor de su vida no existía, sus recuerdos no existían, nada había existido jamás, y ella solo era una mujer de veintisiete años, aparentemente madura y sensata, que por algún motivo inexplicable, había perdido completamente la chaveta.

—Depresión: enfermedad o trastorno mental que se caracteriza por una profunda tristeza, decaimiento anímico, baja autoestima, pérdida de interés por todo y disminución de las funciones psíquicas —leyó Cósima en voz alta y la miró a través del Skype—. Tienes una depresión, una importante y deberíamos hacer algo.

—He salido de cosas peores —susurró, mirando por la ventana y su amiga frunció el ceño.

—Cómo esta no, llevas dos meses hundida. ¡Olivia!

—¡¿Qué?!

—Tienes que ir al sicólogo o vente a Venecia, te va a encantar la exposición que hemos inaugurado de Leonardo da Vinci.

—¿No teníais una de Dante?

—Claro, pero ya acabó.

—¿O sea que sí tenías una exposición de Dante en tu museo? —se incorporó y la observó atenta.

—Amore mio, nunca has estado en nuestra exposición de Dante. Déjalo ya. ¿Qué piensas hacer en navidades?

—Me quedo trabajando, no tengo familia, ni compromisos, y ocupo el lugar de los que sí los tienen y se han pedido vacaciones.

—¿Cómo que no tienes familia?

—No pienso ir a Madrid para que me restrieguen lo sola que estoy y lo feliz que es Candela en su matrimonio.

—Vente a Como, a mis padres les encantará que pases las fiestas aquí.

—Muchas gracias, pero no puedo, tengo un proyecto entre manos y, encima, ya me comprometí para cubrir las vacaciones de los demás.

—Pues muy mal, llevas mucho tiempo sin vacaciones.

—Ya...

—¿En qué andas metida?

—Al fin he decidido matricularme en el doctorado— resumió, para que no le preguntara por los detalles y Cósima aplaudió.

—Genial, eso es genial. Estudiar te sacará del pozo.

—Lo sé... Cósima, lo siento, tengo que dejarte, tengo mucho trabajo. Un beso.

Colgó a su amiga y miró la memoria del proyecto de tesis doctoral que estaba redactando en el portátil. Quería presentarlo en Oxford lo antes posible, y ya lo tenía muy avanzado. Leyó el primer epígrafe: Antecedentes y estado actual del tema, y desvió la vista hacia toda la bibliografía y todo lo que tenía encaminado desde octubre, desde que había decidido recuperar la normalidad estudiando. Subió el cursor hacia el título del proyecto y pensó que tal vez acabaría espantando a más de alguien porque “Alquimia. Logros y éxitos ocultos”, era como poco atrevido. Respiró hondo, corrigió una frase del primer epígrafe y cerró el ordenador, se tapó la cara con las dos manos y se echó a llorar.

Cósima, que la conocía mejor que nadie en el mundo, tenía toda la razón, estaba hundida en una depresión profunda y aunque se matara a estudiar, siguiera acudiendo puntual al trabajo, cumpliendo con sus obligaciones y guardando un mutismo absoluto sobre lo que le había vivido con Edward Fitz-Lyon, porque cada vez que intentaba aclarar algo sobre su último año de vida todo el mundo la miraban con el ceño fruncido, lo cierto es que no podía olvidarlo, no podía superarlo, y cada día le costaba más levantarse, ponerse en pie y seguir respirando.

Desde octubre no dormía bien, andaba todo el día mirando a su espalda, se pasaba las noches en vela buscando una señal, un mínimo resquicio que le ayudara a probar que Edward Fitz-Lyon y Mark Shaughnessy no eran producto de su imaginación, ni de una droga, ni de una noche de borrachera. Necesitaba demostrar que no se había inventado nada, necesitaba reafirmarse a sí misma que no había perdido la razón y que, aunque pareciera una barbaridad, una paranoia

completamente descabellada, Edward no la había engañado, no mentía y era, en realidad, exactamente lo que decía ser porque, analizándolo fríamente y con un poco de perspectiva, si él, o sus compañeros, habían sido capaces de borrar la memoria de todo su entorno, un año entero de vida, algún poder real y mágico debían tener.

Era obvio, y a eso se agarraba para empezar a creer no solo con el corazón, sino también con la cabeza, que él tampoco estaba loco, ni era un mentiroso.

Como persona de ciencia, con cierto nivel cultural y una esmerada formación académica, no podía articular aquello en voz alta, no podía decir que estaba empezando a creer en la alquimia y que había amado a un alquimista de cuatrocientos años. No podía hacerlo si no quería acabar ingresada en un hospital psiquiátrico, no podía hablarlo con nadie, ni siquiera con Cósima, y esa frustración también empezó a contribuir a su ensimismamiento total, a su aislamiento, a ese estado en el que vivía donde lo único que la animaba era encerrarse en casa, a llorar tranquilamente, sin teléfonos, ni ordenador, a salvo de todo y, a ser posible, debajo de las sábanas.

—¿Qué estás haciendo en Windsor? —protestó Cósima y Olivia movió la cabeza— ¿No seguirás dándole vueltas a lo de tu...?

—No, no estoy buscando a mi novio imaginario, no te preocupes.

—No he dicho eso, Livi, no me seas susceptible.

—Es igual, solo he venido a pasar el día, necesitaba salir de la ciudad. Hace frío, pero está despejado y hay mucha animación a pesar de ser 25 de diciembre.

—Ok, tú misma, yo me cojo un vuelo en dos días y quemaremos Londres en Nochevieja ¿de acuerdo? He llamado a un montón de gente y tenemos varias fiestas dónde elegir.

—Vale...

—No me digas vale en ese tono. Tú te vienes de fiesta conmigo cómo que me llamo Cósima Della Gherardescaera.

—Y es un nombre cojonudo —bromeó y respiró hondo—. Te dejo. Voy a buscar un sitio para comer.

—Genial, disfruta y feliz navidad.

Trago saliva, miró el cielo despejado, se abrigó bien con la bufanda y decidió dar un paseo por el centro de Windsor. No se podía entrar al castillo porque era festivo, pero callejeó un poco, y antes de perder los papeles y lanzarse como una loca a caminar en busca de la casa de Edward Fitz-Lyon en la ciudad, que estaba bastante lejos del casco urbano y que según Internet en la actualidad era un hotel -y a la que se había prometido no ir- entró a un restaurante italiano de Thames Street y comió un plato de pasta charlando con los camareros y algunos turistas que revoloteaban por allí.

La gente era muy amable cuando veían a una “turista” solitaria y tuvo que ser sociable por un rato, sonreír y aceptar atenciones de desconocidos que no tenían ni idea de por lo que estaba pasando, y que la ayudaron en parte a

distraerse, hasta que pagó la cuenta y volvió a las gélidas calles pensando en regresar a Londres en seguida.

En realidad, concluyó de pronto, no tenía ni idea de qué estaba haciendo ahí, porque su plan inicial era pasar la navidad metida en la cama viendo series en la tele, pero un impulso irracional la había mandado a Waterloo a coger un tren y había sucumbido a la tentación levantándose temprano para pasar frío en Windsor. Una muestra más de que su cabeza no estaba funcionando del todo bien.

Bajó despacio la cuesta hacia la estación de trenes, miró pasar un taxi y pensó en cogerlo e ir a visitar en persona el Hartford Hospital, dónde, según le informaron por teléfono, tampoco aparecía su ingreso por perder el conocimiento a orillas del río Támesis hacía ya diez meses, pero se contuvo sabiendo fehacientemente que ir en persona no cambiaría nada, espantó la tentación de seguir indagando, se metió las manos en los bolsillos y continuó paseando hasta llegar al desvío que la llevaba a la derecha al tren y a la izquierda directa al puente de Eton.

Paró en seco y pensó en Edward, en su tremenda confesión justo ahí mismo, y no lo dudó, giró a la izquierda y se acercó al embarcadero que estaba prácticamente vacío a esas horas de la tarde. Se sentó en un pequeño muro a la orilla del río, mirando un barco de turistas navegando hacia el este, y observó el suelo húmedo y lleno de musgo donde él había estado de pie hacía diez meses hablándole de su secreto.

Cerró los ojos y recordó todo lo que le había dicho, su preciosa voz desgranando despacio su infancia, sus caminatas hacia Eton, su criado Peter, su madre, lady Madeleine, la historia de su colegio... era imposible que ella hubiese soñado todo eso. Imposible y, a pesar de las evidencias que la desmentían a cada paso, no podía aceptar que todo aquello hubiese sido solo fruto de su imaginación. Que tocarlo, acariciarlo, oler su aroma, saborear su piel y su saliva, deshacerse de pasión teniéndolo dentro de su cuerpo, había sido solo un sueño provocado por alguna sustancia extraña o por su propio agotamiento.

No podía ser que el inmenso amor que había sentido, y seguía sintiendo por él, solo fuera entelequia. No podía aceptarlo y no pensaba hacerlo.

Se puso de pie limpiándose las lágrimas y decidió regresar a casa. No sabía cómo, ni cuándo, pero conseguiría recuperar ese trozo de su vida, conseguiría hacerlo real, conseguiría probarlo. Estaba segura de que solo bastaba con tener un poco de paciencia.

Se despidió del río, del puente de Eton y se dio la vuelta más animada, con esa tranquilidad que daba tener las metas y los objetivos claros. Caminó con prisas hacia la estación del ferrocarril, se subió al primer tren que salió con dirección a Londres y en cuanto se sentó en un asiento pegado a la ventana la voz de un hombre que le hablaba en italiano la hizo saltar en su sitio.

—¿Signorina?... —levantó la vista y comprobó que se trataba de un señor muy mayor, que se dirigía a ella ejecutando una educada reverencia—. Lo siento, signorina, mi inglés es pésimo, espero que hable italiano ¿No se acuerda de mi? —No, lo siento.

—Nos presentaron en Venecia, en octubre, en la fiesta del museo... la exposición de Dante nos cautivó a los dos...—Olivia sintió cómo se le paralizaba el pulso y se le llenaban los ojos de lágrimas—. Soy Marco Montofano, amigo de la familia Della Gherardescaera, colaboro con su fundación y...

—Sí, sí, claro que me acuerdo de usted, señor Montofano —sonrió, se puso de pie y lo saludó con dos besos—. No se hace una idea de lo que me alegra verlo otra vez.

—¿Se acuerda de mi esposa Elena?, ella la reconoció en la estación de trenes.

—Hola, señora, qué sorpresa. Me encanta encontrarlos por aquí, ¿están de vacaciones?

—Hemos venido a ver a nuestro hijo mayor, que está casado con una inglesa.

—Ah, muy bien —asintió muy educada, queriendo saltar de alegría y comerse a besos al matrimonio, y se les sentó enfrente.

—Marco y Sarah viven en Windsor, tienen dos niños.

—Buen sitio para vivir.

—Carísimo, pero nuestra nuera es funcionaria del ayuntamiento y...

—¿Y ustedes viven en Venecia?

—No, en Roma.

—Qué lástima no haber pasado más tiempo con ustedes en la cena...

—Menos mal que se marchó antes del apagón —comentó la señora Montofano y Olivia la miró con atención.

—¿Apagón?

—Acababa de empezar la cena y de repente se apagó todo, no funcionaron ni las luces de emergencia. Cuando al fin nos evacuaron los bomberos salimos por pies, no pudimos ni despedirnos de los Della Gherardescaera y hasta hoy, porque esa misma noche cogimos un vuelo a Roma...

—Nuestra hija Daniella se puso de parto.

—Ah...

—¿No le contaron lo del apagón?.

—No.

—Fue tremendo, afortunadamente usted ya se había ido con su novio.

—No es mi nov... —frunció el ceño y luego sonrió—. Discúlpenme, ¿ustedes me vieron cuando me marchaba?

—Sí, pasó por nuestro lado con su novio. Un hombre muy apuesto, por cierto

—bromeó la dama cogiéndose del brazo de su esposo y Olivia asintió— ¿Vive con él en Londres?

El señor Marco Montofano y su encantadora mujer no pararon de hablar durante los cincuenta minutos que duró el trayecto hasta la capital, pero Olivia no se enteró ni de la mitad de su animada charla. De vez en cuando asentía y se reía, soltaba algún comentario ingenioso y miraba por la ventana sujetando las tremendas ganas que tenía de ponerse a brincar de alegría. Aquello era un verdadero milagro, un milagro nada casual que pensaba aprovechar al máximo, aunque se contuvo de interrogarlos demasiado y guardó las formas lo más educadamente posible.

Cuando al fin llegaron a la estación de Waterloo salió con ellos a la calle y

los acompañó a buscar un taxi, se intercambiaron los teléfonos y les ofreció una visita privada por el Museo Británico guiada por ella misma.

—¿Es eso posible?, sería maravilloso, querida.

—Llamadme cuándo queráis y lo organizamos. Me encantaría seguir charlando sobre esa noche en Venecia.

—Por supuesto y muchas gracias, hija. Feliz navidad.

—Muchas gracias a vosotros. Feliz navidad.

Se quedó unos segundos observando cómo desaparecían en el taxi y se dio cuenta de que estaba llorando, pero esta vez de puro alivio.

Se puso el abrigo y decidió cruzar por el puente hacia Charing Cross. Ya era de noche y atravesó aquellos pasillos interminables por encima del Támesis con una sensación de triunfo enorme en el pecho. De triunfo y de paz, porque no solo acababa de comprobar que no estaba loca o enajenada como creía todo el mundo, no, lo más importante, lo realmente importante de ese encuentro fortuito con los Montofano es que acababa de comprobar que no estaba sola en el mundo, no lo estaba porque Edward existía. Existía, seguía vivo en alguna parte y, aunque le costara el resto de su vida, daría con él.

—Amor mío, creo que te has dejado un cabo suelto —susurró poniéndose un gorro de lana al llegar a la calle Strand, porque hacía un frío de muerte—. Me encanta comprobar que incluso tú y tus amigos no sois infalibles y que yo, mi querido señor Fitz-Lyon, yo no me rindo jamás.

A su espalda, muy cerca, a pocos metros de distancia, Edward Fitz-Lyon, que la había estado siguiendo toda la mañana, y había oído atentamente y con cierto alborozo su reveladora charla con ese matrimonio italiano, la observó con una sonrisa en la cara.

Él había hecho todo lo acordado con Omar, todo lo necesario para mantenerla al margen y a salvo, había borrado huellas y recuerdos, la memoria a corto plazo de los demás, porque la suya egoístamente no había tenido corazón para borrarla, aunque eso Omar no lo sabía. Había hecho todo lo que estaba en su mano para apartarla y convertirla en un elemento inofensivo, en alguien ajeno

a sus batallas, en alguien inocuo, sin embargo, una vez más, el azar se había impuesto y aquella voluntariosa y preciosa mujer del siglo XXI volvía a entrar en la partida.

Lanzó la colilla de su cigarrillo al suelo, miró al cielo y cerró los ojos al sentir las gotas de lluvia mojándole la cara, respiró hondo y salió corriendo detrás de ella.

Fin

SOBRE EL AUTOR

Claudia Velasco, periodista de profesión y escritora por vocación, cursó estudios de periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad donde actualmente reside. Trabaja en una agencia de prensa internacional y combina su pasión por los viajes y la historia, con su trabajo y su gran amor: la literatura.

Con una veintena de libros publicados, entre ellos destacan la Saga Lancaster, la Serie Spanish Lady, El cielo en Llamas, Somos tú y yo. Secretos de Covent Garden, Las Dos Historias de Eloisse, Agua de Lluvia, Técnica Mixta, Nosotros y el Destino, Soñando Contigo o La Princesa del Millón de Dólares.